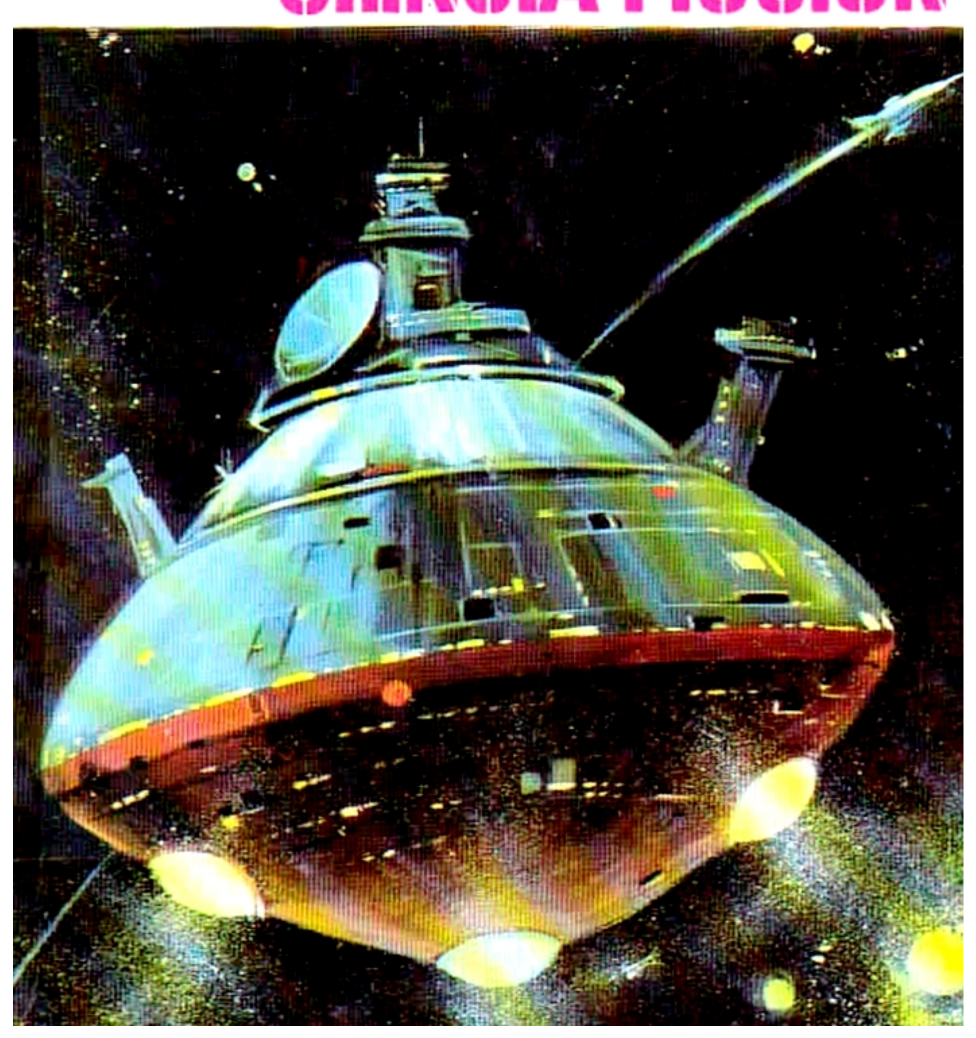
La conquista del ESPACIO

LA LEYENDA DE MARK MIRREL

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

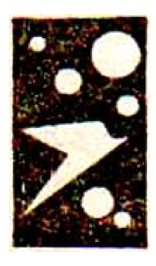


CLARK CARRADOS

LA LEYENDA DE MARK

MIRREL

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n. º 552
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 821 – 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.º edición: marzo, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto

exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Párets del Valles (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Algunos se preguntan si Mark Mirrel existió realmente o lo que se dice de él por allí es pura leyenda. Son muchos más los que piensan que Mirrel no fue un personaje de carne y hueso, y que todo lo que se cuenta es fábula, que los que creen ciegamente en los relatos que corren de boca en boca.

Han pasado ya muchos años desde entonces y el nombre de Mirrel empieza a desvanecerse en el olvido de las gentes, hoy felices porque les salvó de algo peor que la muerte misma. Y lo hizo sin que apenas nadie estuviese enterado del gravísimo peligro en que se habían hallado dos planetas, uno de ellos el nuestro.

Creo que ya es hora de que se sepa la verdad, porque, modestia aparte, tuve un primordial papel en los hechos de Mirrel, y aunque sea él quien se lleve todos los créditos, la realidad es que, sin mí, poco hubiera podido hacer.

Pero, de todas formas, salvó a los dos planetas, no de una destrucción absoluta, con todos sus habitantes, sino de algo que, a la larga, hubiera tenido peores consecuencias. Porque cuando un planeta es destruido, sus habitantes mueren

instantáneamente; pero cuando es ocupado y las personas que en él viven son esclavizadas, entonces el sufrimiento se prolonga eternamente.

De esto fue lo que nos libró Mirrel y ha llegado el momento de contarlo. Tantas cosas y tan tergiversadas se han dicho de lo que era y lo que hizo, que, al fin, me pareció oportuno relatar puntualmente lo que pasó.

Algunos dirán que soy un embustero. Otros me creerán. No me importa lo que piensen unos y otros. Creo mi deber hablar... mejor dicho, escribir.

Y, por supuesto, sin omitir el menor detalle.

Para cuando empezaron los acontecimientos, Mirrel era ya un héroe y tenía su leyenda. Contaba en su haber con el salvamento de los componentes de la expedición a Vyrkos XII, a quienes todos habían dado ya por perdidos. Rescató a Brayna de Horr de las garras de sus secuestradores y la devolvió al trono que le había sido arrebatado en Hiryu Primus, evitando con ello una feroz guerra interplanetaria, que hubiera concluido con la destrucción total del mundo al que pertenecían los secuestradores.

En su haber contaba con numerosas hazañas, cada una de las cuales habría hecho encanecer al hombre más valeroso. Mirrel actuaba sin darle importancia, consciente únicamente de que debía cumplir su deber, sin atribuirse méritos ajenos ni aumentar los propios.

Era un aventurero nato y le gustaba su existencia. Los hombres le envidiaban y las mujeres le adoraban. La misma Brayna de Horr pasó cinco años en la más completa soledad, porque Mirrel no quiso convertirse en su esposo. Brayna quería poner a sus pies el trono que él le había devuelto, pero Mirrel no era hombre capaz de encadenarse a una sola mujer, por hermosa que fuese y elevada la posición que ocupase.

Mirrel era un espléndido ejemplar de hombre: de casi un metro noventa, largos cabellos dorados, ojos claros y musculatura de Hércules, pero sin que ello significase mengua de su apostura física. Además, era inteligente. ¿Qué otra cosa hubiera podido pedir un hombre?

Incluso había renunciado a más de un ascenso, porque ello hubiera supuesto su pase a un puesto burocrático, y él detestaba los papeles. Quería sacar a la vida todo el jugo posible y ello no lo lograría sentado detrás de un escritorio.

Los periódicos, la televisión interestelar, la radio... todos los medios de comunicación magnificaban sus hazañas. Era el héroe por excelencia y, como todos los héroes, no podía por menos de tener su leyenda.

Sin embargo, también las leyendas tienen su fin y el de la de Mirrel se inició el día en que se supo la proximidad de un conflicto entre Taryth y la Tierra.

* * *

Aquel día, el primer ministro del planeta llamó a su jefe de Servicios Especiales Interestelares. Para decirlo con palabras vulgares, era el jefe del espionaje terrestre.

—Tengo malas noticias, Pedro —dijo el primer ministro sin más preámbulos—. Tan malas son que de sólo pensar en las consecuencias, me siento enfermo.

El primer ministro. Karl von Daubning y el jefe de los espías. Pedro de Ávila habían sido condiscípulos y, a solas, se trataban con toda familiaridad. Pedro se sobresaltó, porque, dado el cargo que ocupaba, debería haber estado enterado de lo que sucedía y no era así.

—Tus rivales políticos, sin duda —dijo—. ¿Han descubierto algún chanchullo de tus colaboradores? ¿Piensan sacarte los colores en la próxima asamblea planetaria?

—No —respondió Von Daubning—. Ojalá se tratase de una minucia política, Pedro. Ahora mismo daría el brazo derecho para que fuese así. Pero, por desgracia, es mucho más importante.

—Bueno, tienes amigos... Yo, uno de ellos. Y te ayudaremos hasta el límite de nuestras fuerzas. ¿Cuál es el problema?

—Taryth.

Pedro frunció el ceño.

— ¿Otra vez andan con la renovación del tratado?

—No, eso no les preocupa ahora. Quieren algo más.

—Karl, ¿por qué no lo sueltas de una vez?

Von Daubning se puso en pie, dio dos vueltas por la habitación y luego se plantó frente a su jefe de espionaje.

—Pedro, mírame bien —dijo—. ¿Soy yo o soy mi doble?

De Ávila respingó.

—Por todos los demonios... ¿Qué estás diciendo, Karl?

El primer ministro sonrió.

—Sí, soy yo... Pero sé que hay por ahí unos cuantos que no son sino dobles perfectos de las personas que aparentan. Y tengo noticias de que el número está en vías de aumentar de forma inconcebible. Políticos de fuste, militares de alto rango, grandes jueces, prominentes hombres de negocios, algunos intelectuales, para que la cosa tenga mejor sabor... Si nos descuidásemos, antes de un año, la flor y nata de los habitantes de la Tierra serían sólo dobles de los originales.

—Me dejas atónito —confesó Pedro—. Si eso fuese cierto, resultaría producto de una conspiración muy bien tramada, aunque, ¿con qué fines?

—Aguarda, aún no he terminado —dijo el primer ministro —. En un principio, pensé que era cosa de Taryth, dirigida contra nosotros. Pero los informes, absolutamente reservados, en este momento sólo tú y yo conocemos la verdad, dicen que en Taryth está pasando algo por el estilo. También se están fabricando dobles de las principales personalidades de aquel planeta.

—Eso sí que es grave, Karl. Sin embargo, insisto en mi pregunta: ¿con qué fines?

— ¿No te das cuenta? Taryth y la Tierra han sido tomados como planetas cobaya, para experimentar con ellos. Si la cosa les saliese bien, quienesquiera que sean los conspiradores, podrán expandirse por otros mundos de la Gran Federación... y acabarían por hacerse dueños de todo un amplísimo sector de la Galaxia.

—Es decir, los dobles obedecerían sus órdenes...

—Aunque, aparentemente actuasen con normalidad, sus hechos no lo serían normales. Lenta y gradualmente, irían variando la política de sus planetas, y el Consejo Supremo de la Gran Federación no podría oponerse, porque las cosas que se hicieran, serian presentadas como producto de la voluntad de sus pueblos. Recuerda: a menos que nuestras acciones amenacen a otro planeta, la Gran Federación no puede inmiscuirse en nuestros asuntos internos.

—Sin embargo, mantiene un comisario —alegó De Ávila.

—Oh, sí, uno en cada planeta. Y nadie sabe quién es ni que hace, ni cuál es su aspecto... salvo cuando termina su tiempo de comisario y se presenta al gobierno del planeta en el que ha estado actuando. Sólo entonces se conoce su identidad, pero nadie sabrá después cuál es su sustituto.

Pedro sonrió amargamente.

—El ultimo comisario que tuvimos era un mendigo y, además, borracho, ladrón y pendenciero, con más estancias en el calabozo que pelos tenemos entre los dos juntos.

— Pero, merced a eso, se enteró de muchas cosas, y pudo emitir un estupendo informe de la Tierra. La cosa puede cambiar ahora, si los conspiradores tienen éxito.

—En el mejor de los casos, la Gran Federación nos tendrá un par de siglos en absoluta cuarentena. Hoy día ya no se puede vivir en un planeta sin relacionarse con los otros: no es como a finales del siglo XX, en que la Tierra era plenamente autárquica. Dos siglos de cuarentena, serian la catástrofe total —dijo Pedro.

—Y, en el peor de los casos, los conspiradores acabarían por hacerse dueños de la Federación, lo que significaría la esclavitud para casi un centenar de planetas. Pedro, el asunto está en descubrir la fábrica de dobles y destruirla.

— ¿Dobles robots o de carne y hueso, Karl?

—Lo segundo —contestó Von Daubning sin pestañear—. Un doble robot, a pesar de todo, tiene limitaciones imposibles de superar. Esas limitaciones desaparecen cuando el suplantador es una persona viva.

— ¿Piensas que han secuestrado a diversas personas y las han modificado en el aspecto personal, a la vez que

acondicionaban su mente?

—No. Algo infinitamente peor, diabólicamente astuto... ¡Los crean!

— ¿Seres humanos artificiales?

—Exacto. Pedro.

—Eso implica, entre otras cosas, un equipo de biólogos como nunca se ha visto —dijo el jefe de los espías.

—Por supuesto, y es la única pista que poseemos. Por ahora, sólo sabemos de unos cuantos personajes suplantados.

Se cree que hay más, aunque no se conocen los nombres en su totalidad. Pero tenemos la desventaja de que los dobles ignoran dónde han sido fabricados. Saben absolutamente todo acerca de la persona a la que han suplantado, pero no pueden decir dónde han «nacido».

—Comprendo. Karl, es de suponer que los personajes sustituidos habrán desaparecido...

—Convertidos en cenizas.

—De acuerdo, empezaré a trabajar... empleando al agente más eficiente de mi departamento.

— ¿Mark Mirrel?

Pedro sonrió.

—Estoy seguro de que habías pensado en él desde el primer momento —dijo.

—Si Mark no lo resuelve... —dijo el primer ministro con aire pesimista.

—Sí, nos veríamos en un serio conflicto. Está bien, buscaré a Mark, aunque no sé ahora dónde puede estar. ¿Sabes?, terminó su última misión hace casi un año y me pidió vacaciones. No se lo pude negar; lo estaba necesitando de veras.

— ¿No dejó dirección?

—No, en absoluto. Pero haré todo lo que pueda por buscarlo. Te lo comunicaré apenas tenga noticias suyas.

—Gracias. Pedro.

—Una cosa —dijo el jefe de los espías—. Antes me dijiste que sólo dos personas conocían el asunto: tú y yo. Pero alguien ha tenido que enterarte de lo que está pasando...

—Claro, el comisario secreto de la Gran Federación.

— ¿Se despide ya?

—No. Me envió un mensaje secreto, en un documento que se autodestruyó a los treinta minutos. Comprobé la autenticidad del sello, mediante mi verificador personal. Pero sigo sin saber quién es.

—Está bien, eso importa poco ahora. Bueno, voy a ponerme en movimiento y destacar a todos mis sabuesos, para que encuentren a Mark.

Pedro de Ávila regresó a su despacho. Para su sorpresa, Mark Mirrel estaba aguardándole.

— ¡Por todos los santos de la corte celestial! —exclamó el jefe de los espías—. Estaba devanándome los sesos preguntándome dónde podría encontrarte y resulta que estás aquí, en mi propia guarida... ¿De dónde sales, Mark?

Mirrel hizo un vago ademán.

—De por ahí —contestó—. Ya he acabado mis vacaciones y estoy dispuesto a encargarme del caso que me indiques. Aunque pienso que me darás el que te ha puesto el primer ministro en las manos. La cosa está que arde, ¿eh?

— ¿Cómo lo sabes, Mark?

—No es muy frecuente que vayas a verle a solas. Casi siempre, das tus informes ante el consejo de ministros. Pero cuando tú y tu amigo os veis a solas, no es para que el uno invite al otro a la comida de cumpleaños.

—Sabes hacer deducciones —dijo De Ávila—. Bien, .siéntate y te lo contaré todo, Mark.

CAPITULO II

La chica era muy hermosa. Tenía el pelo castaño oscuro, con hebras rojizas, y cantaba en una esquina, acompañándose con una vieja guitarra. Era bastante alta y vestía pobremente, aunque con ropas limpias y bien cuidadas. Los pies estaban calzados con unas simples sandalias, atadas con cintas a las bien formadas pantorrillas.

La voz era cálida, melodiosa, y la chica entonaba una vieja canción de amor. Pero los transeúntes no se detenían siquiera a escucharla y, menos aún, a depositar una moneda en el platillo de metal que ella tenía a sus pies.

Mirrel acertó a pasar en aquellos momentos y sonrió al ver a la muchacha. Metió la mano en el bolsillo, sacó una moneda de oro y luego la lanzó de un papirotazo con el pulgar. La moneda describió un brillante arco y penetró en la guitarra a través del hueco circular.

—Lo siento —se disculpó Mirrel.

Ella sonrió.

—Ahí está más segura —contestó—. Gracias, señor.

—Deje la esquina y váyase a casita. Ya tiene para unos cuantos días.

—Lo haré más tarde —repuso ella.

Mirrel hizo un movimiento y reanudó la marcha. A los pocos instantes, oyó gritos sofocados.

Volvió la cabeza. Dos individuos forcejeaban con la cantante. La muchacha se defendía como podía, pero era evidente que sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

De repente, uno de los asaltantes le arrebató la guitarra, que estrelló contra la pared. La moneda cayó al suelo y. tras apoderarse de ella, escapó a todo correr.

El otro se quedó.

—Ese es tonto —dijo—. Tú tienes algo que vale más que diez créditos.

Sujetándola con una mano, agarró el vestido con la otra y

tiró hacia abajo. El espléndido pecho de la joven quedó al descubierto.

Entonces fue cuando regresó Mirrel.

—Amigo —dijo, tocándole en el hombro—, yo también tengo algo que decir en este asunto.

El otro se revolvió ferozmente, sacando una navaja automática, de dos hojas. Mirrel alargó las dos manos, asió la muñeca armada, tiró con violencia hacia sí y bajó la cabeza al mismo tiempo.

La frente del sujeto chocó con la suya. Se oyó un seco chasquido y el ladrón se desplomó sin sentido.

—Siento lo que ha sucedido —dijo Mirrel.

La muchacha se sujetaba el vestido con las dos manos, para cubrirse el pecho.

—Le estoy muy agradecida. Ese hombre me pilló por sorpresa...

—No se hable más —cortó Mirrel—. La acompañaré a su casa, si me lo permite y, puesto que yo he tenido la culpa, le daré dinero para que se compre otra guitarra.

— ¿Usted... ha tenido la culpa?

—Quise fanfarronear. Si hubiese depositado la moneda en el platillo, esos tipos no le habrían destrozado la guitarra. Por tanto, tengo la obligación de comprarle una nueva. ¿Hacia dónde vamos?

Ella echó a andar. Mirrel juzgó conveniente presentarse.

—Soy Carolina Stauffen —dijo la muchacha.

—El nombre me gusta —sonrió Mirrel—. ¿No trabaja?

—No. Me despidieron hace poco.

— ¿Por qué?

—Acaba de tener un ejemplo de lo que me pudo haber sucedido en el trabajo. Pero el tipo que lo intentó, era menos fuerte y pude rechazarle.

—Ah, ya. Entonces, despechado...

—Me puso de patitas en la calle. Por fortuna, sé cantar un poco y tocar la guitarra.

—Tengo un amigo que es dueño de una taberna. Le hablaré mañana. Quizá la contrate. Carolina.

—Se lo agradeceré —sonrió la muchacha.

Minutos más larde, se detenían ante la puerta de una casa de modesta apariencia.

—Vivo aquí —dijo Carolina—. Con mi madre, que está impedida.

—Oh, lo lamento... —Mirrel sacó dos monedas y las puso en las manos de la muchacha—. No lo tome como limosna —añadió.

Ella le dirigió una sonrisa llena de luz.

—Gracias, Mark.

Mirrel apretó las manos de la muchacha y continuó su marcha. Tenía que encontrarse con un conocido, del cual esperaba obtener alguna información respecto al asunto que le habían encomendado. Apretó el paso, porque ya llevaba unos minutos de retraso, pero cuando llegó al lugar de la cita, supo que tanto habría dado llegar a la hora convenida. Su amigo llevaba muerto más de dos horas.

Aún tenía en el pecho el puñal que le había arrancado la vida, al destrozarle el corazón con sus dos hojas.

* * *

—Le pillaron por sorpresa —dijo Mirrel—. De lo contrario, no le habrían matado.

Rob Bunn vertió vino en la copa de su amigo y luego llenó la suya.

—La muerte llega siempre por sorpresa, aunque se la espere —filosofó—. ¿Esperabas algo de Ned?

—Noticias.

—Lo son. Es decir, lo serán cuando las haya conseguido.

—Mark, déjate de acertijos y suéltalo de una vez. Estás en la Tierra y no cabalgas ninguna astronave en busca de venturas. El asunto, por tanto, está aquí. ¿Me equivoco?

—Aciertas, Rob.

— ¿De qué se trata?

Los dos hombres charlaban a ambos lados de una mesa. De pronto, se hizo un súbito silencio y se oyó la voz de una mujer,

que cantaba una suave melodía.

Mirrel y Bunn se volvieron hacia el pequeño escenario. El primero sonrió.

—Gracias, Rob.

—La oí cantar. No me gusta demasiado, su estilo, claro, pero tampoco va a ser un gasto que me arruine —contestó el dueño del local.

—Le echarán monedas al escenario cuando termine —vaticinó Mirrel.

—Eso espero. La última artista fue lapidada.

— ¿Con piedras?

—Como lo oyes. Tengo una clientela salvaje, Mark. No respetan a nadie y pobre del artista que no les guste. La apedreada, por fortuna, tenía los pies ligeros y pudo escapar antes de que la cosa pasara a mayores.

—A Carolina la aplaudirán —insistió Mirrel.

Sus vaticinios se hicieron ciertos. Aunque no provocó precisamente el delirio, tampoco la arrojaron piedras u otros objetos contundentes, y sí unas cuantas monedas de cobre, cuya suma total calculó Mirrel en unos cinco o seis créditos.

—No está mal, para la primera noche —sonrió—. Rob, volvamos al asunto.

— ¿De qué se trata, Mark?

—Hay, en alguna parte, una fábrica de personas.

—Toma, yo tengo una en casa —rió Bunn—. He fabricado ya cinco, con la ayuda de mi mujer...

—No hablo de eso, idiota —contestó Mirrel—. Me refiero a personas que se hacen en algún laboratorio... exactamente iguales a otras que nacieron mediante tu procedimiento. Las suplantan y los «originales» son destruidos absolutamente.

Bunn se quedó pasmado.

—Estás bromeando, Mark.

—No, la cosa es más seria de lo que parece. Se cree que hay ya, por lo menos, un ministro, dos almirantes y muchas otras personalidades de relieve que ya han sido suplantadas por su doble. Y lo mismo está sucediendo en Taryth.

—Es algo diabólico —dijo Bunn—. ¿Cuál es el objeto de esa

suplantación?

—Imagínate un gobierno de dobles, con los altos mandos militares también duplicados, con personajes de importancia que han sido fabricados en ese laboratorio, banqueros, negociantes, armadores, abogados... y todos ellos obedeciendo a una sola voluntad. O a la de un pequeño grupo de conspiradores. ¿Qué pasaría, Rob?

— Prefiero no imaginármelo. Mark. ¿Tienes alguna pista?

—Ned parece ser, descubrió algo, pero no tuvo tiempo de comunicármelo. Por eso he venido a verte.

—Haré lo que pueda. Mark.

Una hermosa rubia se acercó en aquel instante a la mesa.

— ¿De palique? —sonrió.

—Estábamos jugándonos la consumición —contestó Mirrel.

—Con la suerte que tienes tú, ganarás —dijo ella—. ¿Cómo os la jugáis?

Mirrel sacó una moneda y la tiró al aire. El disco cayó sobre la mesa, rebotó y quedó de canto. Mirrel se puso en pie, recobró la moneda y palmeó efusivamente las opulentas caderas de la rubia.

—Cuando una moneda queda de canto, pagan los espectadores —se despidió.

Ella lanzó un resoplido.

—Vaya... Ni siquiera me ha dado un beso y quiere...

Bunn se levantó también.

—Son las reglas del juego, ricura. Pásate por caja y deja allí medio crédito.

La rubia emitió un gruñido de descontento. Luego vio a un presunto cliente y le dirigió una incitante sonrisa. «Si tengo suerte —pensó—, este idiota pagará la consumición.»

* * *

Mirrel emprendió el regreso. La taberna de Bunn estaba en unos de los barrios extremos de la ciudad y la fama de sus habitantes era pésima. Pocos sabían, sin embargo, que Bunn no se llamaba así y que no era tabernero, sino agente Servicio

Especial Interestelar. Mirrel confiaba en la habilidad de Bunn para descubrir pistas y por eso había ido a verle, bajo la excusa de presenciar la actuación de Carolina Stauffen.

Recorrió la calle a buen paso y se metió por una transversal. De repente, oyó un extraño sonido.

Estaba avezado a vivir en el peligro y se lanzó hacia adelante en el acto. Cayó sobre las dos manos, rebotó como una pelota y se puso en pie.

El sonido se repitió. Algo avanzaba velozmente hacia él. Divisó dos semicírculos de acero, unidos por una especie de eje y con los bordes aserrados, con dientes triangulares de cinco centímetros de longitud y con unas dimensiones suficientes para partir en dos a una persona.

Hacía muchos años que se habían prohibido las armas individuales atómicas. Las penas impuestas, severísimas, habían disuadido a los delincuentes de su uso. Pero, como contrapartida, se habían ideado otras armas, no menos mortíferas y que, además, gozaban de la ventaja de no dejar rastros radiactivos que pudieran ser detectados por una patrulla policial.

La enorme dentadura estaba accionada por control remoto de radio. Mirrel escuchó el primer «bocado», en falso, y percibió claramente el siniestro crujido de las mandíbulas de acero. El atacante, sin embargo, se dio cuenta de que había errado el golpe y se dispuso a repetirlo.

Mirrel volvió a saltar, cuando vio que la dentadura oscilaba en el aire, buscando un nuevo blanco. Pero, en el mismo instante, vio que las mandíbulas de acero giraban en redondo e invertían su trayectoria a una velocidad escalofriante.

Alguien lanzó un grito de pánico. Mirrel se puso en pie y divisó una sombra blancuzca en la próxima esquina. Luego siguió con la vista el destello de los dientes de metal, que ya alcanzaban su objetivo.

El grito se repitió, pero fue súbitamente cortado. Mirrel pudo ver que las mandíbulas se habían cerrado, con seco golpe, sobre el cuello de un hombre.

La cabeza, limpiamente separada del cuerpo, saltó por los

aires, cayó al suelo, rebotó un par de veces, rodó un poco y se quedó quieta, mientras el cuerpo se inclinaba lentamente antes de desplomarse, lanzando ríos de sangre por el cuello enrojecido. Mirrel se preguntó quién había intervenido en su favor.

La sombra se movió. Mirrel corrió tras ella y la dio alcance antes de que ambos hubieran podido cubrir cien metros. Alargó el brazo, asió el de su inesperado salvador y se llevó una enorme sorpresa.

— ¡Carolina!

La muchacha se volvió.

—Hola, Mark.

—Me has salvado tú —adivinó él.

Carolina guardó silencio. De pronto. Mirrel vio que llevaba el bolso pendiente del hombro y se lo arrebató con rápido movimiento. Dentro llevaba un aparato de control remoto.

—Interferiste su emisión directriz —adivinó.

—Sí, aunque no quería matarlo. Sólo quería... devolvérselo, pero me parece que el mecanismo de cierre se activa por un radar de proximidad.

—Eso ha tenido que ser —sonrió Mirrel—. Carolina, mil gracias...

Ella sonrió.

—Te debía un favor, me parece.

—No se puede comparar —respondió él—. Creo que lo mejor será que nos marchemos. ¿Te acompaño a tu casa?

—Sólo hasta la puerta —puntualizó Carolina.

—No pido más —respondió Mirrel alegremente.

CAPITULO III

Dormía aun profundamente, cuando oyó la llamada del videófono. Pero el sonido era distinto del habitual. Ahora, el aparato emitía un silbido intermitente, muy agudo, cuya clave identificó Mirrel en el acto.

«Línea no interferible», pensó.

Abandonó la cama, se pasó una mano por el revuelto cabello y se acercó al aparato. En uno de sus costados, tenía una tecla apenas visible, que sólo se usaba en contadas ocasiones, y la apretó suavemente.

El rostro de Bunn apareció de inmediato en la pantalla.

—Tengo noticias para ti, Mark —dijo el tabernero.

—Te escucho —contestó Mirrel.

Ambos estaban seguros de no ser oídos y, en el peor de los casos, nadie entendería su diálogo. Bunn hablaba normalmente, pero en su propio videófono disponía de una codificadora, que ponía sus palabras instantáneamente en clave, antes de que salieran del aparato a través del hilo. Después, al llegar al videófono de Mirrel, otra máquina descifraba el mensaje y lo traducía automáticamente al lenguaje normal. Por tanto, y aunque alguien consiguiera interferir la comunicación, no se enteraría de nada, porque los sonidos captados le resultarían absolutamente ininteligibles.

—Lo oí anoche por casualidad, poco después de tu marcha —siguió Bunn—. Se llama Andrea D'Azzio y es biólogo. Dos de los clientes charlaban acerca de las quemaduras que uno de ellos había sufrido hace poco. El quemado dijo que la doctora D'Azzio le iba a hacer un tratamiento que lo dejaría como nuevo, borrándole todas las cicatrices que le habían quedado después del accidente.

—Bueno; no será biólogo, sino cirujano estético...

—Aguarda, hombre. El quemado dijo algo que me chocó enormemente. No habló para nada de una operación de cirugía estética. Dijo, simplemente, que la doctora le haría hacer de

nuevo. «Siendo yo mismo, me convertiré en un hombre nuevo», añadió textualmente.

—Está bien, investigaré en esa dirección... Aunque no sé cómo podré abordarla...

Bunn se echó a reír.

—Andrea D'Azzio tiene veintinueve años y es guapísima. Sí con esos datos, no sabes cómo abordarla, entonces es que yo soy fabricante de cordones para los zapatos.

Mirrel rió también.,

—Bueno, se hará lo que pueda. ¿Sabes dónde vive?

—Pregunta a Información. Adiós, Mark.

—Gracias, Rob.

Mirrel cortó la comunicación, no muy seguro de que la idea fuese buena. Pero tampoco iba a perder nada por investigar en aquel sentido. Tras unos segundos de reflexión, fue a su dispensadora de alimentos, marcó el menú del desayuno y puso en marcha el reloj, para que se lo sirviera treinta minutos más tarde. Luego fue al baño y empezó su aseo matinal. Cuando terminó, ya tenía el desayuno servido y lo despachó con gran apetito. Después, puso los platos en el triturador de basuras y se dispuso a salir de la casa.

Entonces llamaron a la puerta.

* * *

Eran dos hombres, correctamente vestidos y de agradable presencia. Mirrel arqueó las cejas, sorprendido por aquella inesperada visita.

—Caballeros...

— ¿Tenemos el honor de hablar con el famoso Mark Mirrel? —dijo uno de los visitantes.

—En efecto, yo soy.

—Mi nombre es Trevor Shraddon. El caballero que me acompaña es James Vyrnius. Desearíamos hacerle una proposición, señor Mirrel.

—Pasen, caballeros —dijo el joven—, ¿Puedo ofrecerles taza de café?

—Se le agradeceremos.

—Tengan la bondad de sentarse. En seguida estaré con ustedes.

Mirrel desapareció unos momentos y volvió a poco, con bandeja en las manos. Vyrnius hizo un gesto de sorpresa.

—Pensé que nos serviría el café en vasos de papel, llenos por su dispensadora de alimentos —exclamó—, Pero... servicio de porcelana auténtica...

Mirrel sonrió.

—No se puede tratar con vulgaridad a las personas de distinción —contestó. Aquel extraño acento de Vyrnius. ¿qué procedencia sugería?, se preguntó.

—Muy amable —dijo Shraddon, mientras removía el azúcar de su taza con la cucharilla—. Y ahora, ¿podemos exponerle nuestros deseos?

—Le aseguro que obtendrá grandes beneficios si acepta muestra proposición —añadió Vyrnius.

Mentalmente, Mirrel se dio una palmada en la frente. ¡Vyrnius era de Taryth! Su dominio del idioma terrestre era asombroso, pero aún no había podido eliminar un mínimo rastro de su acento de origen.

—Les escucho, caballeros —dijo, mientras cruzaba las piernas plácidamente.

— Verá, señor Mirrel —habló Shraddon—. El señor Vyrnius y yo somos socios en una importante empresa, junto con otra persona. Cada uno de nosotros teníamos una tercera parte del capital, de tal modo, que ninguno pudiera imponerse a los demás a la hora de tomar decisiones. ¿Me sigue?

—Si lo que he oído es cieno, cada socio tenía el treinta y tres por ciento de las acciones. Pero el total es sólo el noventa y nueve y queda una que, en poder de cualquiera de los socios, podía darle mayoría —dijo Mirrel.

—Esta última acción estaba inscrita a nombre de los tres —sonrió Shraddon.

—Comprendido. No se hable más; prosiga, por favor.

—Bien, el tercer socio desapareció de repente, llevándose los planos secretos de un importante invento, que podía

habernos proporcionado enormes beneficios. No le importa perder su puesto en la sociedad, puesto que, si consigue llevar a cabo sus planes, ganaría muchísimo más.

—Hay algo que se llama derechos de patente…

—Bastará alterar algunos menudos detalles de los planos, que no afectarían al normal funcionamiento del conjunto, para que no pudiésemos reclamar nada —intervino Vyrnius.

—Y por eso estamos aquí —siguió Shraddon—. Conocemos su fama y queremos contratarle para que encuentre al tercer socio. Estamos dispuestos a proporcionarle un astroyate y dinero suficiente para los gastos. Si encuentra a nuestro desleal socio y recupera los planos, le abonaríamos diez millones de créditos en moneda interestelar, cobrables en cualquier Banco de la Galaxia.

—Es una oferta digna de considerar —dijo Vyrnius.

Shraddon levantó la mano.

—No le pedimos que nos conteste ahora mismo —sonrió—. Bastará con que lo piense durante… digamos cuarenta y ocho horas.

—Han hablado de un astroyate —dijo Mirrel—. Debo presumir, por tanto, que el socio traidor ha abandonado la Tierra.

—Sí, se ha marchado a mi… a Taryth —contestó Vyrnius.

Mirrel no dejó de captar la leve corrección hecha por el sujeto, lo cual le confirmó en sus suposiciones.

—La propuesta es muy interesante —sonrió—. Pero debo hacerles dos preguntas, caballeros.

—Estamos dispuestos —manifestó Shraddon.

— ¿Cuál es el nombre de su empresa?

—Tri-Biologic. Nos dedicamos a la construcción de aparatos de investigación científica.

—Entiendo. ¿Cómo se llama el astroyate?

—Lógicamente *T. B. Prívate.* Está al servicio de la compañía, pero se lo cederíamos a usted con mucho gusto.

—Pensaré en su proposición y les daré la respuesta dentro de cuarenta y ocho horas, caballeros —dijo Mirrel.

Los visitantes se pusieron en pie.

—Un café exquisito —alabó Vyrnius.

—Celebro que le haya gustado —sonrió el joven.

Shraddon dejó una tarjeta sobre la mesa.

—Este es el número reservado de videófono, al cual puede llamarnos en cualquier momento —indicó.

Mirrel hizo un leve gesto de aquiescencia y acompañó a sus visitantes hasta la puerta. Luego, al quedarse solo, corrió a la ventana.

Shraddon y Vyrnius salieron a poco a la calle y, cinco segundos después, habían desaparecido de su vista. «Han usado su aparato de transporte instantáneo individual», dedujo.

Se preguntó sí la oferta era sincera o, por el contrario, querían alejarle de la verdadera misión que le había sido confiada. Tendría que averiguar más datos de la Tri-Biologic, era algo elemental.

De pronto, cuando ya se iba a retirar de la ventana, vio a Carolina.

* * *

La muchacha lanzó un pequeño grito de sorpresa, al ver materializarse a un hombre a su lado. Mirrel también disponía de un transportador instantáneo individual.

—No se asuste, soy yo —dijo.

Carolina se puso una mano en el pecho.

—Estaba distraída...

— ¿Qué haces por este barrio? —preguntó él.

—Vine a ver a un amigo, pero resulta que se cambió de casa y no han sabido indicarme su nuevo domicilio. La verdad, no me gusta demasiado cantar en la taberna de Rob y trataba de buscar un nuevo empleo.

—Siento no poder darte otro... Espera —dijo de pronto—. ¿Puede aguardar un par de días?

—Sí. ¿Por qué?

—Conozco, por casualidad, a los directivos de una importante compañía. Tengo que verles pasado mañana. Les hablaré de usted... Aunque tiene que decirme lo que sabe hacer.

Carolina hizo un gesto ambiguo.

—Mis aptitudes no pasan de las de una vulgar oficinista —contestó.

— Bueno, ya es algo para empezar —sonrió Mirrel—. De modo que no le gusta cantar en la taberna de mi amigo.

—Es sólo una solución pasajera, Mark.

—Ya. ¿Te acompaño a casa?

—No. gracias.

Carolina se acercó a una cinta deslizante. Mirrel adivinó su situación.

—Un momento —dijo.

Se quitó el cinturón que llevaba puesto y se lo puso en las manos.

—Use mi TII — dijo.

Ella le dirigió una mirada de gratitud.

—Son unos aparatos muy caros. Yo nunca pude tener uno...

—Ahora tiene el mío. Lléveselo.

—No sé si debo...

—Vamos, deje a un lado sus escrúpulos. Yo lo uso muy poco. A decir verdad, no me gusta.

—Pero ahora sí lo ha usado.

—Quise darle una sorpresa —explicó él jovialmente.

Carolina suspiró.

—Está bien, me lo quedo y gracias. ¿Le llamo pasado mañana?

—De acuerdo.

—Adiós. Mark.

—Hasta la vista. Carolina.

La muchacha desapareció instantes más tarde. Mirrel se acarició el mentón.

Carolina le espiaba. El hecho de que le hubiera salvado la vida no tenía que ver con su actuación. También le espiaba en aquellos momentos. ¿Por qué?

Ya lo averiguaría. Ahora lo más importante era seguir el rastro indicado por Bunn. ¿Cómo entrar con Andrea D'Azzio?

CAPITULO IV

—La Tri-Biologic existe solamente en el papel. Es decir, alguien registró ese nombre como indicativo de una empresa, pero no han levantado siquiera una garita para el vigilante nocturno —informó Pedro de Ávila.

—Algo por el estilo me suponía —dijo Mirrel—. Sin embargo, hablaron de un astroyate…

—Aguarda un momento: voy a confirmarlo en el registro de astronaves.

Mirrel esperó jumo al videófono. De Ávila se hizo visible cinco minutos más tarde.

—Sí, el astroyate es real. Está en la pista de estacionamiento número 22-E, y su propietario es la Tri-Biologic.

—De acuerdo, Pedro. Se me ha ocurrido una idea… pero te llamaré más tarde.

—Como quieras. Ten cuidado. Ah, ya hemos identificado al tipo decapitado. Era un asesino profesional.

—La dentadura teleguiada le cortó el habla. Lástima —sonrió el joven.

—Pero fue una suerte para ti. De todos modos, no habríamos sabido gran cosa. Esos tipos son muy duros y resisten incluso a las drogas acondicionadas de la mente.

—Sí, lo sé. Bueno, estoy vivo y eso es lo que importa —se despidió Mirrel.

Cortó el contacto y contempló con ojos pensativos la revista científica que tenía ante sus ojos.

Había una noticia, señalada con lápiz rojo, en la que se mencionaba la conferencia que aquella misma tarde iba a pronunciar la doctora D'Azzio, sobre tejidos humanos conseguidos en laboratorio.

La noticia era interesante de por sí, pero aún más sí se pensaba que Mirrel había encontrado la revista al volver a su apartamento.

Alguien se la había enviado deliberadamente. ¿Quién?

* * *

Los asistentes a la conferencia no sumaban más de dos centenares de personas, que aplaudieron cortésmente cuando a doctora terminó su disertación. Era ya casi de noche.

Mirrel se unió a los aplausos. Andrea, se dijo, era una mujer muy guapa.

De mediana estatura y exquisitamente formada, no parecía en modo alguno una científica de innegable reputación, conseguida tempranamente y con todo merecimiento. Después del inevitable turno de preguntas y respuestas, el presentador dió por terminado el acto y varios científicos se acercaron al estrado para saludar a la conferenciante.

Algunos, se dijo maliciosamente Mirrel, lo hacían por contemplarla más de cerca. La sala empezó a vaciarse y, al fin, solo quedaron unas cuantas personas, que también empezaron a desfilar.

El presentador acompañó a Andrea hasta la puerta. El acto había tenido lugar en una de las salas de la Universidad y el presentador pertenecía al cuerpo docente, por lo que residía en uno de los pabellones universitarios. Andrea se despidió del hombre y caminó hacia la salida.

Mirrel lo hizo a prudente distancia. Repentinamente, un individuo corrió hacia la joven y la agarró por un brazo, a la vez que la zarandeaba con violencia.

— ¡Andrea!

Ella se volvió.

—Suéltame, Jesse...

—No, no te soltaré... Quiero que todo el mundo sepa la verdad... Tú no eres la auténtica Andrea D'Azzio, sino una impostora...

— ¡Estás loco! —gritó ella—. ¿Quién te ha metido esas absurdas ideas en la cabeza?

—Digo la verdad y tú lo sabes mejor que nadie. Andrea ha muerto y tú ocupas indebidamente su puesto. Pero no

disfrutarás mucho de esta posición, lograda a costa de una vida inocente.

El hombre sacó un puñal. Mirrel saltó hacia adelante, asió su mano, la retorció con violencia y, tras hacer saltar el arma, golpeó la mandíbula del irascible sujeto, dejándolo sin conocimiento en el acto.

Andrea le miraba con ojos desorbitados. Mirrel se inclinó, recogió el puñal, de doble hoja, y lo lanzó hacia unos arbustos cercanos.

—Siento lo ocurrido, doctora —dijo.

—Ese hombre... Está loco... De celos, claro. No sé de dónde ha podido sacar esa disparatada historia...

— ¿Ha dicho celos, doctora?

—Sí. Estuvimos comprometidos hace tiempo, pero pude darme cuenta de que era un hombre demasiado absorbente. No habríamos sido felices y rompí el compromiso. Parece que no ha podido soportarlo...

—Sí, ocurre en ocasiones... Doctora, si me lo permite... Creo que está un poco alterada. ¿Puedo llevarla a su casa?

Andrea sonrió.

—Se lo agradeceré infinito, señor...

—Mirrel, Mark Mirrel. Venga, tengo mi aeromóvil aquí cerca. ¿Sabe, doctora?, no me gusta mucho usar el TII. A veces temo materializarme en un espacio ya ocupado por otra cosa y convertirme en polvo. Por eso prefiero mi aeromóvil.

—Sí, es más seguro —convino ella—. Yo vine en mi TII, pero no me siento con ánimos de usarlo. Ese pobre loco me ha alterado los nervios, se lo confieso con toda sinceridad, señor Mirrel.

—Es lógico. Pero no se preocupe de más, doctora.

Cuando ya estaban en el coche, Andrea le hizo una pregunta:

—No le conozco a usted como científico —dijo—. ¿Cuál es su especialidad?

Mirrel se echó a reír.

—Yo también voy a serle sincero —contestó—. Llovía y no sabía dónde refugiarme. No tengo nada de científico; sólo soy

periodista, doctora.

—Su nombre no me suena...

—Oh, yo hago un trabajo que no merece los honores de ser firmado públicamente. Busco noticias, las envío al periódico... y las publican o no, según las circunstancias. Pero no soy ambicioso: me pagan bien y ya conseguiré algún día una sesión propia. Oiga, doctora, ¿es cierto que en un laboratorio se pueden fabricar hoy día toda clase de tejidos humanos, incluido el nervioso?

—Sí, es rigurosamente cierto.

— ¡Qué tiempos! —Mirrel meneó la cabeza—. De modo que si yo perdiese, digamos, una porción de mi cerebro, podrán «fabricarme» el pedazo que me falta...

—Bueno, depende de la cantidad de tejido perdido y de otras circunstancias, aunque, teóricamente, si se podría hacer. Pero hay otros tejidos mucho menos complicados, cuya elaboración, por tanto, es más sencilla. Y todo es preciso decirlo, también más económico.

—No conviene olvidar el dinero —rió Mirrel.

El aeromóvil aterrizó un cuarto de hora más tarde en la azotea de un edificio de ciento noventa pisos.

—Yo vivo en el ciento setenta y tres —dijo Andrea. Miró de reojo a su acompañante—. ¿Me aceptaría una copa, señor Mirrel?

—No querría molestarla...

—Al menos, deje que le exprese mi gratitud.

—En tal caso, acepto encantado.

* * *

Mirrel salió a la terraza, adornada con plantas y flores, desde la que se divisaba una vista excepcional. Andrea vino poco después, con sendas copas en las manos.

—Es un apartamento encantador...

Mirrel hablaba mientras se volvía, pero se calló al ver a Andrea.

— ¿Sucede algo? —preguntó ella.

Andrea se había cambiado de ropa y ahora vestía una especie de túnica larga, cerrada de cuello y manga.

—Bueno, sucede que… —Mirrel se apoderó de la copa y tomó un sorbo—. Me ha dejado sin habla, doctora. Iba a decirle que se divisa desde aquí un panorama maravilloso.

Andrea se echó a reír.

—Está de espaldas al paisaje —exclamó.

—Ahora no me refería a esa clase de panorama —contestó él.

— No sea malicioso, señor Mirrel…

—Mark, se lo ruego.

—Bien. Mark, sólo llevo unos ropajes más cómodos, eso es todo. ¿Le parece bien que nos sentemos?

—Estoy a sus órdenes, doctora.

—Yo me llamo Andrea, Mark.

Mirrel la contempló con admiración.

—Tan joven… y ya famosa…

—Bien, dejando a un lado lo de mi fama, ¿acaso cree incompatible la juventud con la ciencia?

—Por supuesto que no, pero su especialidad es más bien digna de sesudos varones, con largas barbas blancas y ademanes llenos de pomposidad… Usted parece una chiquilla.

Andrea entornó los ojos.

—No me adule. Mark.

—Ah, ¿cree que es adulación? Pues si le he de ser sincero, le diré que parece todo menos una afamada bióloga. Oiga, tan guapa… ¿y no ha vuelto a tener más pretendientes?

—He quedado un poco escarmentada. Mark. La verdad. Jesse Rybolt era demasiado posesivo… y demasiado obsesionado con sus celos.

—No todos los hombres somos como Rybolt —dijo él.

— ¿Usted no es celoso?

—No he estado enamorado aún; pero si lo estuviese, confiaría en ella.

—Eso me gusta. Mark. Demuestra que es sensato.

—Gracias. Andrea.

Hubo un instante de silencio. Estaban sentados en el sofá y

se miraban recíprocamente al fondo de los ojos.

—Así que ahora no tiene usted compromiso —dijo él por fin.

—No. Usted tampoco.

Mirrel hizo un gesto negativo.

—No lo he tenido nunca.

— ¿No le ha gustado atarse a una sola mujer?

—Quizá es que no he encontrado la que me conviene.

— ¿Debe tener alguna cualidad excepcional?

—Debe gustarme, yo debo gustarle a ella... —De pronto, Mirrel reparó en una especie de cordoncito que colgaba de cuello de la túnica, muy ajustado a la garganta. Asió el extremo y preguntó—: ¿Para qué sirve esto?

—No lo toque, Mark.

— ¿Qué pasará si tiro del cordón?

Andrea no contestó. Sonreía de un modo especial.

Mirrel sonrió también. Dio un ligero tirón al cordoncito y la túnica se abrió en el acto, de la garganta a los pies.

—Eres muy indiscreto —se quejó ella.

—Sólo sentía curiosidad...

— ¿Y no la has satisfecho ya?

Pero Andrea no hacia el menor gesto para cerrar la túnica. Mirrel vio en sus ojos una llama de deseo y se inclinó hacia ella.

Andrea suspiró.

—A veces, me siento muy débil...

—Te has llevado un mal ralo. Conviene que le relajes —dijo él, con los labios pegados a su oreja izquierda.

—Sí, Mark: me conviene relajarme...

Los labios de Mirrel fueron recorriendo el rostro de la joven doctora, desde la oreja a los labios. Ella se arqueó hacia arriba, buscando aún un más estrecho contacto con el joven.

Las dos bocas se fundieron en un ardiente beso. Pero apenas se había iniciado el contacto, se oyó un espantoso grito:

— ¡Maldita traidora! Además de asesina, eres una vil ramera...

Mirrel y Andrea se incorporaron rápidamente. Estupefactos, vieron a Rybolt en pie sobre el parapeto de la terraza,

blandiendo el puño con ademanes descompuestos.

—No eres Andrea, sino su doble —aulló el hombre—, Y mereces morir mil veces…

De repente, Rybolt perdió el equilibrio.

Braceó frenéticamente, intentando recobrar la estabilidad, pero no lo consiguió. Sus mismos ademanes le habían desequilibrado y cayó hacia atrás.

Un horrible alarido brotó de sus labios. Mirrel se levantó de un salto, atravesó la sala, llegó la terraza y se asomó al borde del parapeto.

Rybolt caía revoloteando, como un gran pájaro herido de muerte. Morbosamente fascinado, Mirrel contempló el inexorable descenso del sujeto, que concluyó de súbito a más de quinientos metros de distancia, con la aparición de una extensa mancha sanguinolenta en el pavimento de la calle.

Un alarido de horror llegó desde abajo. Mirrel se volvió hacia el interior.

Andrea estaba medio desmayada en el diván. Buscó una botella, puso algo de licor y se acercó a la joven.

—Ese pobre Jesse… —se lamentó Andrea—, Creo que había perdido el juicio… Por mi culpa…

—No eres culpable de nada —dijo él—. Simplemente, él no te convenía y rompiste el compromiso. Si hubieras seguido adelante, habría convertido tu existencia en un infierno.

—Pero ahora está muerto…

—El, y nadie más, tiene la culpa —respondió Mirrel—. Bien, aunque parezca egoísta, tienes que empezar a olvidarlo. Ya no te molestará más.

Andrea asintió. Mirrel volvió a la terraza.

— ¿Cómo habrá podido llegar hasta aquí? —murmuró.

—Seguramente, vino desde el apartamento superior. Está desalquilado. Jesse estuvo hace un par de días y creo que quería tomar ese apartamento —explicó la joven.

—Cometió un error y lo peor de todo es que no puede repararlo. —Mirrel regresó al diván, aunque no se sentó—. ¿Quieres que te haga compañía esta noche? Lo digo en el buen sentido…

Andrea hizo un esfuerzo por sonreír y le tendió una mano.

—Te llamaré otro día, cuando me encuentre un poco mejor —respondió—. Hoy, si no te importa... preferiría estar a solas.

Mirrel se inclinó y besó aquella delicada mano.

—Procura descansar bien —recomendó.

Al salir del apartamento, subió a la terraza. El aeromóvil le llevó de vuelta a su casa en pocos minutos.

Desde allí, llamó a su jefe.

—Necesito informes sobre un tal Jesse Rybolt. Ha muerto hace media hora escasamente, al caer desde el piso ciento atenta y tres del edificio Lone Sun. Estuvo comprometido con la doctora D'Azzio, pero ésta rompió el compromiso. Rybolt la ha acusado hoy, por dos veces, de ser el doble de la auténtica doctora, que debió de morir asesinada, si lo que dijo ese infeliz es cierto.

—Haré lo que pueda, Mark —contestó Pedro de Ávila—. Deja la grabadora conectada.

—Descuida. ¿Cómo marcha el otro plan?

—Se desarrolla según lo acordado, sin trabas de ninguna dase.

CAPITULO V

Mirrel llegó al astropuerto, buscó la pista 22-E y se acercó al *T. B. Private.* Era un aparato magnifico, esbelto como una gacela y ágil como un felino. Después de contemplarlo durante unos momentos, abrió la escotilla, trepó a la cabina, se sentó y llamó a la torre de control, informando de su inmediata partida.

La torre dio permiso un minuto después. El astroyate despegó con facilidad y se perdió en las alturas.

Sesenta segundos más tarde, despegó otro astroyate de nombre *La palmera encantada.* Una hora después. Mirrel utilizó su radio.

—Señor Shraddon, ¿me oye usted?

Hubo un instante de silencio. Luego se dejó oír la voz del aludido, en la que había un evidente tinte de sorpresa.

—Sí, le oigo, Mirrel. ¿Qué es lo que desea?

—Quiero que usted y su amigo sepan una cosa. Aunque les dije que aceptaba la misión de buscar al tercer socio, antes de venir al astropuerto hice que un amigo de confianza inspeccionase a fondo el *T. B. Prívate.* Encontró precisamente lo que yo sospechaba: un fijador clandestino de rumbos, que me habría impedido el gobierno manual del aparato, llevándome a estrellarme contra el asteroide Eros, este año en perigeo con nuestro planeta, es decir, en el punto más próximo de su órbita, lo cual significa, por si no lo sabían, que en el momento del impacto la distancia de Eros a la Tierra será de poco más de veintidós millones de kilómetros.

»Pero todavía tienen que saber más. El verdadero *T. B. Prívate* es el que ustedes tripulan, cuyo nombre y numeración se cambiaron a tiempo. Por tanto, la trampa que me tendieron se ha vuelto contra los dos...

— ¡No! —aulló Vyrnius—. No le creemos, Mirrel. Todo eso es una fantasía suya.

—Es la mayor mentira que he oído en los días de mi vida —añadió Shraddon.

—Aún no he terminado de hablar —dijo el joven—. Por mucho que hagan, no podrán cambiar el rumbo ni menos detener el astroyate. Y tampoco podrán enviar llamadas de socorro; ni siquiera tienen bengalas a bordo.

—Está loco… —jadeó Vyrnius.

—Saben demasiado que todo lo que digo es cierto. Y, por último, una cosa: cuando pronuncie una palabra, su transmitir de radio se destruirá y ya no podrán comunicarse con nadie. Les aconsejo que, si quieren acabar pronto, abran la escotilla y dejen que el aire se escape al espacio.

— ¡Mirrel! Escuche: le haremos una proposición…

—Es tarde ya — cortó Mirrel, inflexible—. La palabra clave del término de esta comunicación es la adecuada en nuestras circunstancias: ¡Fin!

Sonó un chasquido. El silencio volvió a la nave.

Mirrel desconectó el piloto automático, tomó los mandos » emprendió el regreso a la Tierra

* * *

Cuando llegó a su apartamento, llamó a Pedro de Ávila.

—Todo ha salido como lo planeamos —dijo por la línea secreta.

—Me parece que fue demasiado duro. Deberíamos haberos interrogado —objetó el jefe de los espías.

—No hubiéramos conseguido nada —respondió Mirrel—. Con seguridad, tenían la mente acondicionada para resistir al más duro interrogatorio. Y, de este modo, lanzamos una advertencia a los conspiradores.

—Está bien. ¿Qué piensas hacer ahora?

— ¿Qué sabes de Rybolt?

—Ah, dispensa, lo había olvidado. Todo lo que te dijo Andrea es cierto. Fueron prometidos, pero él resultó demasiado celoso y ella lo plantó. Rybolt trabajaba en una empresa de exportación e importación, en un puesto de importancia. Si no hubiera sido por su temperamento celoso, habría llegado a ser un día el jefe.

—Comprendo.

—Pero Rybolt aseguraba que Andrea no es la auténtica, sino un doble —dijo Mirrel—. ¿Crees posible que haya algún medio de averiguarlo?

—Si lo hay, lo desconozco —respondió De Ávila—. Pero quizá, en los casos que haya habido algo de intimidad, uno de los dos, si no ha sido duplicado, pueda ver que el otro si lo ha sido.

—Es posible. Bien, de todos modos, intentaré averiguarlo, Pedro.

— ¿Tienes alguna idea sobre el particular?

Mirrel soltó una risita.

—No seas curioso —se despidió.

Tenía que ver a Andrea, pero le pareció que había transcurrido poco tiempo desde la muerte de Rybolt y decidió posponer el encuentro. Antes, sin embargo, podía hacer otra cosa.

* * *

Cuando llamó a la puerta. Carolina se hizo visible en seguida. La muchacha sonrió al ver el enorme ramo de flores que portaba el visitante.

— ¿Por qué se ha molestado, Mark?

—Se lo debo —contestó él—. Es que, además, le traigo malas noticias.

— ¿Ocurre algo grave?

—Bueno, verá... Mis dos amigos, los dueños de la empresa que le mencioné... resulta que hace tiempo que habían cerrado el negocio y yo no lo sabía...

—Oh, no tiene que preocuparse por eso —sonrió Carolina- . Me han contratado en el Café de las Estrellas. Es mucho mejor que la taberna de su amigo.

—No sabe cuánto me alegro —dijo él.

De pronto, Carolina lanzó una exclamación.

—Perdone, Mark; le tengo en la puerta... ¿No quiere pasar?

—Si no molesto...

—En absoluto.

Mirrel penetró en la casa, muy modesta, pero limpia y aseada. Entonces, una mujer de mediana edad salió de otra habitación sobre una silla de ruedas.

—Mamá, te presento a Mark Mirrel —dijo la muchacha—, Mark, mi madre.

— ¿Cómo está, señora Stauffen? —saludó Mirrel.

—Carolina me ha hablado mucho y muy bien de usted, Mark. Celebro conocerle —dijo la inválida—. Hija, ¿por qué no sirves una taza de café a tu amigo?

—Sí, ahora mismo, mamá. ¿Me disculpa un momento, Mark?

—Claro.

Carolina se marchó. Mirrel y la señora Stauffen quedaron solas.

—Es una muchacha muy buena, aunque algo apocada. De otro modo, ya habría conseguido algo más que rasgar las cuerdas de su guitarra en un café —dijo la inválida.

—Bien, cada uno tiene su forma de ser...

—Pero no se lo reprocho. Carolina podría haberme enviado a un asilo y, sin embargo, me tiene a su lado. Eso es muy de agradecer, ¿no le parece, muchacho?

—Por supuesto.

Carolina vino unos minutos más larde. Al cabo de un rato, Mirrel se volvió hacia la muchacha:

—Carolina, ¿a qué hora actúa usted en el cate?

—A las nueve de la noche. ¿Por qué me lo pregunta?

—Me gustaría invitarla a cenar. Si su madre no tiene inconveniente, claro.

—Anda, hija, sal y diviértete un poco —exclamó la señora Stauffen—. .Mark, a Carolina le conviene un poco de distracción. Se pasa el día encerrada en casa...

—Gracias, señora. Carolina, cuando guste.

—Voy a arreglarme un poco —dijo la muchacha.

Mirrel se quedó con la señora Stauffen, charlando de temas sin trascendencia. De pronto, la inválida lanzó un grito de terror:

— ¡Mark, hay una rata!

El joven se volvió. El roedor estaba en el suelo, a poco pasos de distancia, moviendo la cabeza a ambos lados, con gestos llenos de recelo. Mirrel advirtió que la puerta de la casa estaba entreabierta.

Instantáneamente, saltó hacia la rata, la agarró con la mano y, abriendo la puerta, la arrojó al exterior. Luego regreso junto a la inválida y la echó al suelo, apenas un segundo antes de que se produjera una atronadora explosión.

La puerta se cuarteó. Los vidrios saltaron en mil pedazos Desde el suelo, la inválida miró a su salvador.

—Mark, esto ha sido terrible... No era una rata auténtica...

—Era una bomba —dijo él, a la vez que volvía a poner la silla en posición normal.

Carolina apareció en aquel instante, aún a medio vestir

— ¡Mamá! ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien quiso hacernos volar por los aires —contestó Mirrel.

—Mark. ¿cómo supo que no era una rata auténtica? —preguntó la inválida.

—Sus ojos destellaban de una forma peculiar, intermitentemente; no eran unas pupilas animales —explicó el joven

—Pero, ¿por qué nos hicieron una cosa semejante? —dijo Carolina.

—Sospecho que no era a ustedes a quienes querían causar daño.

Carolina abrió la boca.

— ¿A... usted?

Mirrel asintió.

—Temo que mi amistad les traiga más perjuicios que beneficios —dijo—. Lo mejor será que me retire... Ah, no quiero que hagan gastos por mi culpa.

Sacó unas monedas y las dejó encima de la mesa.

—Esos destrozos no deben pagarlos ustedes —añadió.

Carolina corrió hacia él, sin importarle estar vestida con prendas mínimas.

—Yo le aprecio, Mark —exclamó—. No se vaya; si no quiere que salgamos juntos, al menos, quédese con nosotras.

El joven dudó. Luego miró a la inválida. Clara Stauffen asintió.

—Sí, aunque nuestra mesa sea mucho más modesta que la del restaurante al que iban a asistir —dijo—. Pero también tendrá las ventajas de cenar con amigos.

—Gracias, señora Stauffen.

—Aunque, desde luego, Carolina terminará de vestirse antes de preparar la cena —agregó Clara.

La muchacha se sonrojó vivamente.

—Oh, no me había dado cuenta... —Y echó a correr, mientras Mirrel sonreía comprensivamente.

—Bueno, mientras llega el momento de cenar, haré lo que pueda por reparar los estragos que ha causado la bomba —exclamó.

Las ventanas disponían de postigos que habían quedado intactos, al hallarse abiertos en el momento de la explosión. Arregló la puerta como mejor pudo y luego fue al baño a lavarse las manos.

Nadie había acudido al estruendo de la explosión. Clara lo explicó más tarde.

—Este es un barrio en el que nadie se ocupa del vecino, aunque le estén arrancando la piel a tiras. Pero nuestros medios no nos permiten vivir en otro sitio mejor...

Mirrel se propuso cambiar aquella situación en la primera ocasión que se le presentase, aunque no lo insinuó siquiera. Más tarde, se preguntó quién había querido matarle, sin reparar en que había dos personas inocentes con él.

—Al tipo que me ha puesto la bomba le haré picadillo algún día —se dijo a la noche, ya en la soledad de su apartamento.

CAPITULO VI

—Los informes apuntan a Jack *el Ruidoso* —dijo De Ávila al día siguiente por la tarde—. Matar a la gente con bombas de toda clase es su pasatiempo favorito, cuando se lo pagan bien, claro. Emplea los métodos más difíciles, aunque no desdeña el toque de humor, como en el caso de la rata explosiva. ¿Quieres verle, Mark?

—No me disgustaría —contestó Mirrel—. ¿Has averiguado algo más sobre Rybolt?

—No. Ya lo sabes todo...

—Menos la forma en que averiguó que Andrea es un duplicado del original.

—Suponiendo que no fuese cosa de sus celos más que morbosos.

— ¿Y qué motivos iba a tener para sostener una teoría semejante? Si sólo se hubiese tratado de celos, habría mencionado otro amante, pero no dijo nada del particular. Sabía algo, créeme.

—Bueno. Mark, para ciertas cosas, tú eres especialista. ¿Por qué no intentas averiguarlo por tus métodos, que en otras ocasiones te han dado tan buenos resultados?

—Está bien, pero creo que debo esperar a que me llame. Sin embargo, se me ha ocurrido una idea...

—A ver, suéltala.

—Las personas duplicadas, ¿tendrán el mismo número de cromosomas que cualquier otro ser humano?

De Ávila pareció reflexionar unos instantes.

—Es una interesante sugerencia —dijo al cabo—. Lo consultará con un biólogo de confianza.

—De acuerdo. Ah, otra cosa... ¿No habrá por ahí un empleo para una buena amiga? Se llama Carolina Stauffen...

—Mark, ¿te refieres a la cantante?

—Sí. Es una buena muchacha y tiene que mantener a su madre inválida. Me gustaría ayudarla, pero no a base de darle

dinero, compréndalo.

—Haré todo lo que pueda —contestó el jefe de los espía.

Mirrel cortó la comunicación y se preguntó sí sería conveniente una entrevista con Jack *el Ruidoso.* Pero antes de que hubiera tenido tiempo de adoptar una decisión, sonó el zumbido de llamada del videófono.

Era un zumbido normal, lo cual le indicó que se trataba de una llamada corriente. Dio el contacto y, casi en el mismo instante, apareció el hermoso rostro de Andrea D'Azzio.

—Mark, me alegro de que estés en casa —dijo la doctora.

—Ver tu cara es como ver un rayo de sol a través de las nubes de tormenta —dijo él galantemente—. ¿Puedo servirte en algo?

—Al contrario, soy yo la que quiere servirte... una cena en mi apartamento. Si no te dan miedo las alturas, claro.

—Por aceptar esa invitación, sería capaz de bailar sobre el filo de un cuchillo, a mil metros de altura y sin paracaídas —rió Mirrel—. ¿Hora?

—Las siete y media.

—Allí me tendrás a las siete y media.

Mirrel consultó su reloj cuando hubo terminado de hablar con la bióloga.

—Aún tengo tiempo de echar una parrafada con Jack *el Ruidoso* —se dijo.

Pero convendría ir preparado a la entrevista. No permitiría que Jack le diese una sorpresa desagradable.

* * *

El apellido de Jack era Bratton, pero casi lo había olvidado, a fuerza de no usarlo. Cuando llamaron a la puerta de su casa, miró receloso a través de la mirilla y al ver a un desconocido, echó el cerrojo de seguridad.

—Diga lo que quiere desde ahí fuera —exclamó con acento escasamente amable.

—Necesito hablar contigo, Jack. Me llamo Mirrel. Ayer me enviaste una rata. ¿Lo recuerdas?

—No sé nada. Váyase al diablo...

—Está bien, tú lo has querido. Entraré...

Jack soltó una risita despectiva.

—Las ventanas están blindadas y la puerta también. Como no use un cañón...

—Usaré algo que hará mucho menos ruido —contestó Mirrel.

Pasaron unos segundos. De pronto, Jack sintió una presencia da sus espaldas.

Una mano le tocó en el hombro.

—Estoy aquí —dijo Mirrel.

Jack empezó a volverse, justo a tiempo de recibir en el mentón el impacto de un puño que lo derribó al suelo sin sentido.

El intruso estaba recorriendo el interior del edificio. Al cabo de unos momentos, volvió, desató a Jack y se lo llevó a otra estancia, que tenía todo el aspecto de un laboratorio, aunque de reducidas dimensiones.

Mirrel lo ató a otro punto idéntico y luego señaló una caja negra que había encima de una mesa.

—Es un reloj y tiene una carga explosiva —dijo—. Puedo marcar una hora determinada, desde un minuto a partir de este momento, hasta una semana. También tiene dispositivo de control mediante una señal de radio, que la permite activar desde diez kilómetros de distancia, si es preciso. Teniendo en cuenta que esta habitación está atiborrada de toda clase de explosivos, puedes imaginarte fácilmente lo que sería de ti si decidiera hacer estallar esa cajita.

La frente de Jack se cubrió instantáneamente de sudor.

—Oiga, usted no puede hacer eso...

— ¿Yo no puedo hacerlo y tú sí? ¿Acaso tienes licencia para matar a la gente poniendo bombas?

—Bueno, es que...

—Ya, ya, tú te ganas la vida pulverizando a las personas, pero no se te puede pagar en la misma moneda. Estás muy equivocado, Jack. «Puedo» convertirte en minúsculos pedazos y lo haré, a menos que te muestres propicio a cooperar.

Jack tragó saliva.

— ¿Qué... es lo que quiere?

— ¿Quién te ordenó matarme?

—Se llama David Coetius. No sé si será su nombre verdadero o no, pero así dijo que se llamaba.

— ¿Sabes dónde vive?

—No...

—Jack, no me hagas perder la paciencia.

— ¡Se lo juro! ¡No lo sé!

Impasible, Mirrel apoyó un dedo en cierto lugar de la caja.

—Si aprieto, la explosión se producirá dentro de ciento veinte segundos. Elige, Ruidoso.

Jack maldijo obscenamente. Al fin, cedió:

—Me llamó desde su residencia... Fuera de la ciudad, en las inmediaciones de Srannent Hill. Es una antigua mansión, de estilo colonial... Vi a bastante gente allí, no sé qué harían...

—Continúa, Jack.

—A mí me pareció que es médico o algo por el estilo. No llevaba bata blanca, claro, pero sus ademanes, el lenguaje...

—Eres buen observador, Jack —sonrió Mirrel—. ¿Algo más?

—Bueno, me dijo que quería deshacerse de usted. Me contó un cuento; que sí usted y su esposa... que si ella era una chica poco inteligente y que usted la había sorbido el seso...

—Y te pagó bien.

—Cinco mil. Dijo que lo hiciera cómo y mejor me pareciese, pero lo antes posible. Tenía ya una rata preparada, de modo que le seguí a usted y...

—No se hable más, Jack. Bien, voy a dejarte aquí y pondré la bomba para veinticuatro horas. No temas, si a mí me sucediese algo, otro vendría a desconectarla. Pero debes comprender que he de saber si me has dicho la verdad.

—Se lo juro, todo es cierto...

—En tal caso, mejor para ti.

Mirrel se acercó al prisionero, comprobó sus ligaduras y acabó tapándole la boca con una ancha tira de cinta adhesiva.

—Veinticuatro horas, recuérdalo, Jack —se despidió.

Mirrel abandonó la casa. En la calle, buscó una cabina de información y a los pocos momentos tenía la situación de la casa de Srannent Hill. Disponiendo de sus aparato de traslación instantánea, podría llegar allí en contados segundos. Y le sobraría tiempo para llegar a casa de Andrea con toda puntualidad

Marcó las coordenadas en su cinturón, presionó el botón de funcionamiento y se trasladó al lugar deseado.

Momentos más tarde, alguien entró en la casa de Jack. El hombre recorrió todas las habitaciones, hasta dar con el dueño.

Los ojos de Jack se dilataron. «Suélteme», gritó, pero la mordaza le impedía emitir el menor sonido.

El intruso le miró y sonrió.

—Te han puesto en un compromiso —dijo, burlón.

Recorrió con la vista el laboratorio y, al fin, divisó la caja de control. Entornó los ojos mientras la examinaba.

—Muy interesante —comentó a media voz.

«Suélteme, señor Coetius», pidió Jack en forzoso silencio.

El hombre manipuló en la caja durante unos segundos.

—Adiós, Jack —se despidió tranquilamente.

El Ruidoso forcejeó como un demente, pero Mirrel había hecho muy bien los nudos. La primera explosión no fue demasiado fuerte y, salvo el ruido, Jack no sufrió daños.

Pero debajo de la mesa había dos grandes cajas con explosivos, que deflagraron en el acto. Lo último que vio Jack fue un enorme fogonazo y después, sólo oscuridad y silencio.

* * *

Mirrel se materializó en las inmediaciones de Srannent Hill y se quedó atónito.

—Esto no es posible —dijo.

Había una docena de gigantescas máquinas, explanando la zona. En el lugar donde había estado la elegante casa colonial, ya no quedaban más que escombros, que eran apartados a toda velocidad.

—Increíble —murmuró.

¿Qué había pasado allí? ¿Por qué demolían la residencia?

Un hombre dirigía las operaciones, por medio de un transmisor portátil de radio y mezclaba las órdenes con atroces insultos dirigidos a los operarios. Sólo le faltaba el látigo, pensó Mirrel, mientras se acercaba al sujeto.

—Perdone, amigo —dijo—. Me informaron que ésta era la residencia de un tal David Coetius...

—Lo era —contestó el encargado de la obra—, Pero, como puede ver, la estamos demoliendo.

— ¿Van a edificar otra casa?

—No lo sé, ni me importa. Mis órdenes son demoler el edificio, retirar los escombros y explanar el suelo.

—Espere —rogó el joven—. ¿Sabe si lo ordenó Coetius?

—No tengo la menor idea. ¿Por qué no va a preguntarlo a las oficinas centrales de mi compañía? Ahí, en los costados de cualquier máquina, puede ver la dirección. Dispense, pero me está entreteniendo y no puedo perder tiempo.

De pronto, alguien llamó por la radio:

—Eh, Googy, ven rápido. He encontrado algo para ti.

— ¿De qué se trata, Sandro?

—Espera... voy a ver si tranquilizo mi estómago... Dios, qué espectáculo... Estaba debajo de unos escombros y lo he partido en dos con mi pala...

— ¿Qué? —aulló Googy—. ¿Has matado a alguien?

—No... no lo creo... Debía de estar ya muerto... Apenas ha sangrado...

Googy maldijo hasta que se quedó sin aliento. Entonces. Mirrel se decidió a intervenir.

—Googy, mire —dijo.

El capataz se volvió. Para ciertos casos. Mirrel disponía de una placa de policía normal y corriente. En ocasiones, le había dado buenos resultados.

—Policía, ¿eh? —resopló Googy.

—Así es, y como puede comprender, no había venido aquí para criticar su labor.

—Se olía algo, diría yo.

—Exacto. Googy, ordene que no toque nadie ese cadáver,

que lo dejen donde está y tal como lo han encontrado. ¿Entendido?

—Sí, señor, lo haré como dice —respondió Googy, repentinamente desinflado—. El hallazgo de este fiambre nos va a costar unas cuantas horas de inacción… —se lamentó.

Mientras. Mirrel se retiraba a un lado para llamar a De Ávila por un transmisor especial, indetectable.

Tenía la impresión de que el cadáver hallado por el operario de la excavadora guardaba una estrecha relación con los diabólicos experimentos que se realizaban, para sustituir por duplicados a altas personalidades del planeta.

Confirmarlo era cosa de Pedro de Ávila y los expertos de los laboratorios oficiales.

CAPITULO VII

— ¿Qué haces, Mark?

—Por fortuna, nada. Perdona, debo corregirme. En estos momentos, me dedico a amarte.

Andrea soltó una risita.

—Eres muy apasionado —dijo, acariciándole suavemente el rostro. Luego se volvió y quedó boca abajo, en el lecho, junto a su huésped—, ¿De veras no haces nada?

—Soy rico, por parte de papá. ¿A qué, trabajar?

—Mark, el día que nos conocimos dijiste que eras periodista.

—Bueno, no iba a presentarme, diciendo: «Andrea, soy un tipo al que le rebosan los billetes por todos los bolsillos. Invítame a cenar a tu casa…» No habría sido discreto, ¿verdad?

—Quizá —respondió ella—. Bueno, tu profesión no importa demasiado…

—Aunque la tuviera, en estos momentos, no la ejerzo. Ni tú tampoco la tuya, encanto.

Andrea soltó una risita.

Mirrel se inclinó sobre su tersa espalda y la besó suavemente.

—Estaba pensando en algo… No, no me atrevo a decirlo… Podrías enfadarte…

— ¿De qué se trata, Mark?

—Es que… te sentará mal…

Ella volvió un poco la cabeza.

—Me enfadaré si no me lo dices —exclamó.

—Está bien. Pensaba… en lo que decía aquel pobre loco. Me refiero a Jesse, ya sabes.

—Su mente no era demasiado fuerte y no pudo soportar la ruptura —contestó Andrea.

—Ya, me lo imagino. Pero él decía que tú eras un duplicado del original… Andrea, a veces me gustaría ver a tu doble aquí. Sería maravilloso, dos mujeres exactas,

espléndidamente hermosas...

— ¿Es que no tienes bastante con una?

— ¿Lo ves? Ya te has enfadado. Yo no quería decirlo y tú me has obligado...

—Está bien, dejemos ese tema a un lado —propuso ella.

—Como quieras. Pero, sin embargo, me gustaría que me sacaras de una duda.

— ¿De qué se trata, Mark?

—Tú eres bióloga. ¿Es posible duplicar exactamente a una persona, de modo que se parezca en un todo al original?

— ¿Te parece un tema interesante?

Mirrel hizo una mueca.

—Al menos, original. Pero lo daremos de lado y nos aplicaremos a otro tema mucho más agradable —contestó.

— ¿Cuál, Mark?

Mirrel la hizo dar media vuelta y la abrazó con vehemencia.

—Este es un tema infinitamente más grato —dijo.

Andrea suspiró.

—Sí, tienes razón —convino.

Más tarde. Andrea preparó café. Envuelta en una bata corta, ofreció una taza a su invitado.

—Mark, quiero pedirte una cosa.

—Lo que digas, encanto.

—Olvida el asunto de las personas duplicadas, ¿estamos?

—Fue sólo un comentario. Suponiendo que te pudieran duplicar, no me acercaría a tu doble ni con una pistola en los riñones. Por muy parecida que fuese a ti, no encontraría en ella absolutamente ningún atractivo. Andrea sonrió, halagada.

—También a mí me gustas tú... original —contestó.

* * *

Era casi de día cuando Mirrel abandonaba la residencia de la doctora D'Azzio. A los pocos segundos de salir a la calle, desierta a aquellas horas, vio una figura que caminaba en dirección opuesta.

La mujer le pareció conocida. Un poco después, con gran asombro, reconoció a Carolina Stauffen.

—Madruga mucho —sonrió, al hallarse junto a la muchacha.

—No madrugo, me voy a casa a dormir —respondió ella.

— ¿Cómo?

—Acabo de dejar mi trabajo. Bueno, estuve actuando un rato y luego el dueño me pidió que me quedase un poco, para ayudarle en los libros. Su contable le dejó plantado hace algún tiempo y el hombre no se entiende bien con los números. Había un lio enorme y he procurado desenredarlo, eso es todo.

—Ah, comprendo.

—Usted también madruga, Mark —sonrió ella.

Mirrel estuvo a punto de contestar que no había pegado ojo, pero se contuvo oportunamente.

—Sí, un poco. ¿Puedo acompañarla?

—No hay inconveniente.

—Perdone. Carolina, pero no le he preguntado cómo se encuentra su madre.

—Mucho mejor. Pronto nos cambiaremos de casa. La que tenemos no es mala, salvo por su situación.

—Sí, lo sé y me alegro. ¿Sabe?, estuve hablando con mi amigo. Me prometió darle un empleo. No deje de avisarme de su nuevo domicilio, Carolina.

—Descuide. Mark. Ah, y en cuanto a lo del empleo de su amigo, me parece que no será necesario.

— ¿De veras?

Carolina volvió un poco la cabeza y le dirigió su mirada, limpia, serena.

—Voy a serle sincera —dijo—. Mi arte como cantante no es cosa del otro mundo. Puedo animar una reunión familiar, entre amigos, una fiesta de estudiantes... pero como profesional, no pasaría nunca de la parte más baja del montón.

—A mí me gusta —sonrió Mirrel.

—Gracias. Mark, pero le he dicho la verdad. El dueño del local prefiere tenerme como contable. Puede que acepte su oferta.

—No la forzaré en un sentido u otro. De todos modos, me alegro sinceramente.

—Siempre le agradeceré lo que hizo por mi —respondió la muchacha.

Poco más tarde, se separaron. Mirrel fue a acostarse, con el pensamiento puesto en Carolina. Una muchacha extraordinaria, de hermosos sentimientos, infinitamente mayores y mejores que su belleza, pensó. Y tan distinta de la ardiente y voluptuosa Andrea...

Por cierto, aún no había recibido respuesta de su jefe, acerca de la posible identificación de los duplicados. ¿Cómo lo había sabido Jesse Rybolt?

* * *

—El cuerpo encontrado en las ruinas de Srannent Hill correspondía al de Fabrizio Quinto di Palermo, director y, en parte, copropietario de una de las más importantes factorías de pertrechos para las astronaves y aparatos de traslación instantánea —dijo De Ávila—. Palermo había desparecido hacía un mes, sin que se supieran los motivos de su ausencia. Naturalmente, el hecho había sido notificado a la policía, pero, claro, no podía llegar hasta nosotros.

— ¿Era el auténtico Palermo? —preguntó Mirrel.

Pedro hizo un gesto con las dos manos.

— ¿Cómo saberlo? Las huellas dactilares, la dentadura, incluso la fórmula molecular... todo coincide. Si era un doble, estaba perfectamente hecho. Y si se trataba del original, el caso de su desaparición se da por concluido con el hallazgo de su cadáver.

— ¿Tienes alguna hipótesis sobre el particular?

—Es bien sencillo. Coetius tenía allí su laboratorio. Debió de sospechar que podía ser descubierto o bien había terminado una etapa en la duplicación de cuerpos, y decidió evacuarlo y luego demolerlo. Pero, seguramente, se hizo con muchas prisas, y se «olvidaron» allí un cuerpo humano. Entre paréntesis: Coetius ha desaparecido. Otra cosa: es de Taryth, aunque hijo

de terrestre y nativa tarrythiana.

—Habrá que localizar a Coetius —murmuró el joven pensativamente—, Mientras, yo voy a ver si averiguo cómo Rybolt supo que la doctora D'Azzio es un duplicado.

— ¿Qué piensas hacer?

—Rybolt vivía con su madre. Hablaré con ella. Mientras tanto, despliega todos tus efectivos para localizar a Coetius. Es la pieza clave del asunto.

—Lo haré, descuida —prometió Pedro.

* * *

La señora Rybolt no se había hecho todavía a la idea de no ver más a su hijo. Lloró bastante, cuando Mirrel le hizo saber el objeto de su visita, pero, al cabo de unos momentos, consiguió serenarse un poro.

—Jesse estaba muy enamorado de la doctora —explicó la mujer—. A mí no me gustaba, pero, claro, Jesse tenía ya treinta años y no podía tratarle como a un chiquillo.

—Es lógico —convino Mirrel—. Cuando Jesse estaba en casa, ¿mencionó algo acerca de que la doctora podía ser un duplicado?

—No dijo nada demasiado concreto, aunque alguna vez le oí decir que ella no era ella... Yo pensé entonces que se refería a un posible cambio de carácter de Andrea...

— ¿Sabe usted si lo comentó con alguna otra persona?

—No estoy segura, aunque me parece... Aguarde un momento, por favor.

La señora Rybolt se levantó, abandonó la estancia y regresó a poco con un papel en la mano, que tendió a su visitante.

—Lo encontré ayer, cuando arreglaba la habitación de mi hijo —manifestó—. Quizá le sea de alguna utilidad, señor Mirrel.

El joven asintió. Aquel papel era el recibo expedido por un tal Wolf Tryon, director de la Agencia de Investigaciones Tryon.

Era una pista preciosa, se dijo, mientras guardaba el recibo en el bolsillo. Tomó las manos de la mujer y la miró

cariñosamente.

—Valor, señora Rybolt —dijo—. En cierto modo, Jesse murió asesinado... y acabaremos por encontrar y castigar a los culpables de su muerte.

Veinte minutos más tarde, se encontraba en el despacho de Tryon.

Era un sujeto de unos cincuenta años, grueso, parcialmente calvo y de mirada más astuta que calculadora. Cuando Mirrel le expuso los motivos de su visita, Tryon hizo un gesto negativo.

—Lo siento —contestó—. Todo lo que se hace en mi agencia es absolutamente confidencial. No puedo decirle nada.

Por toda respuesta, Mirrel sacó a relucir una imponente insignia que sólo usaba en contadísimas ocasiones.

— ¿Qué le parece esto, señor Tryon? —sonrió.

El otro se impresionó muchísimo.

—Caramba, yo no sabía... Había oído de sus hazañas, pero creí que eran... a título particular...

—Señor Tryon, le ordeno oficialmente guardar secreto acerca de mi identidad. Y ahora, por favor, cuénteme lo que haya averiguado acerca de la doctora D'Azzio.

—Ella no es ella. ¿Usted me entiende?

—Sí, le entiendo.

—Y se lo dije así a mi cliente.

—Pero se lo probó de alguna manera, me imagino.

—En efecto. Según mis investigaciones, la doctora D'Azzio salió hace cuatro meses de su casa, para internarse en la clínica de Srannent Hill, al objeto de someterse a una operación de cirugía estética. Es una mujer joven, muy hermosa, sin defectos corporales; no necesita corregir su nariz, ni estirar la cara, ni que le levanten los senos. Eso me hizo recelar y destaqué a uno de mis agentes a la clínica. Ese agente fue el que lo averiguó todo.

—Entonces, cambiaron a la doctora...

—Sí, ignoro cómo fue allí; posiblemente, bajo hipnosis. Pero la... cosa que salió, no era la doctora D'Azzio, sino su duplicado.

—Explíquese un poco mejor, se lo ruego —pidió Mirrel

—Bueno, hay ciertas formas de averiguar las cosas que otros quieren tener ocultas. Mi agente era una mujer, muy bonita.

—Y le sonsacó a alguien que estaba enterado del asunto —sonrió Mirrel.

—Exactamente. Además, tuvo ocasión de echar un vistazo a... ¿cómo debemos llamarlo? ¿Fábrica o laboratorio?

—El nombre importa poco, señor Tryon. De modo que es absolutamente seguro que la actual doctora D'Azzio es un duplicado del original.

—Tan seguro como que estamos hablando los dos en mi despacho —confirmó Tryon.

— ¿Puedo saber quién era el hombre al que sedujo su agente?

—Era el doctor Warren, pero murió hará cosa de un mes. Su aeromóvil tuvo un fallo y se precipitó al suelo desde unos doscientos metros de altura.

—Eso huele a accidente provocado, señor Tryon.

—Yo también lo estimo así. Pero mi agente, creo, está a salvo.

— ¿Por qué?

—Fue con un aspecto muy distinto del habitual. Ahora es totalmente otra persona.

—Entiendo. Señor Tryon, dígame una cosa. En su opinión, ¿es posible distinguir el original de una persona de su duplicado?

—Enfáticamente, no; ni siquiera por procedimientos científicos. La reproducción es asombrosamente fiel, incluso en los menores detalles. No piense usted en un duplicado que no tenga un lunar donde lo tiene el original. No hay el menor fallo...

—Entonces, ¿cómo podía sospechar Rybolt de la doctora?

Tryon sonrió.

—Ya le dije antes que no era lógica una operación de cirugía estética. A Rybolt le escamó... y me pidió que averiguase lo que Andrea había ido a hacer verdaderamente en aquella clínica. Entonces, es cuando supimos la verdad.

—Señor Tryon, debió darse cuenta de que es algo que merecía la atención de la policía. ¿Por qué no lo denunció?

— ¡Pero si lo hice! —exclamó Tryon—. Envié un informe a la Coordinadora Central de Seguridad. ¿Cree que iba a arriesgar mi licencia? Yo no tengo la culpa si después alguien tiró mi informe a la papelera.

Mirrel asintió. Alguien, en un puesto muy elevado, se había ocupado de hacer desaparecer el informe. Aunque todavía estaba muy lejos de la solución, algunas de las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. A Pedro, se dijo, no le gustaría saber que el Coordinador Central de Seguridad era también un duplicado.

—Un último favor, señor Tryon —dijo.

—Claro.

—Su agente redactó un informe y habló con usted. Pero a mí me gustaría verle personalmente, para conversar con él. Aunque no me dé más detalles, puedo obtener algún resultado, simplemente con que me repita todo lo que sabe.

—No hay inconveniente. Le daré una nota, con su nombre y dirección, porque supongo que no querrá hablar con él por videófono.

—Supone bien —sonrió Mirrel.

Tryon escribió algo en un taco de papel. Arrancó la hoja y se la entregó a su visitante.

Mirrel leyó aquellas pocas palabras y tuvo que hacer un poderoso esfuerzo de voluntad, para no delatar la sorpresa que había recibido.

¡El agente de Tryon era Carolina Stauffen!

CAPITULO VIII

La muchacha estaba tras la caja registradora sonriendo amablemente a todo el mundo. Mirrel se había disfrazado y ahora parecía un tripulante de astronave, vuelto después de un viaje de varios meses. Simulaba haber bebido en demasía y daba cabezadas en la mesa que ocupaba, no lejos del mostrador.

Poco a poco, la taberna se fue vaciando. Pasadas las dos de la madrugada, sólo quedaban allí el dueño, Carolina, un camarero y una pareja, hombre y mujer, que se hacían continuos arrumacos.

El dueño dio un par de palmadas.

—Vamos a cerrar —dijo.

Carolina había abierto la caja, a fin de extraer la recaudación y llevar el dinero al despacho. El hombre y la mujer se levantaron repentinamente y sacaron dos pistolas.

—Esto es un atraco —gritó el hombre—. Nadie se mueva o dispararemos a matar.

—Utilizamos dardos perforantes —añadió la mujer, con perverso acento.

Mirrel se estremeció. El dardo perforante era una invención diabólica. Salía de la boca del arma con la potencia de un proyectil convencional y tenía en la punta una especie de barrena, que le confería un movimiento de giro de más de dos mil revoluciones por minuto. En la cola llevaba unas diminutas cuchillas, que destrozaban la carne al girar. Aunque era proyectado por aire comprimido, el dardo perforante, podía atravesar un cuerpo humano como si fuese de blanda mantequilla.

Carolina levantó las manos en el acto, lo mismo que el dueño y el camarero. Los atracadores no se habían fijado en Mirrel, quien continuaba con la ficción de su borrachera, pero sin perder detalle a través de los dedos que aparentaban cubrir su rostro.

La mano de la atracadora temblaba. El hombre dijo:

—Serénate, Paula; no vayas a cometer un disparate.

Se dirigió a los otros:

—Es su primer atraco y está un poco nerviosa, ¿saben?

—Carolina, dales el dinero —gruñó el dueño.

—Sí, señor.

Mirrel se dio cuenta, de que había llegado el momento crítico. La mano de la mujer se levantó.

No estaba nerviosa, sólo lo simulaba. Carolina sacaría el dinero y la mujer tendría una excusa para disparar, diciendo luego que había creído que en vez del dinero, Carolina iba a sacar un arma.

Lanzando un estridente alarido, se puso en pie. Los atracadores, sorprendidos, se volvieron.

Mirrel levantó la mesa con ambas manos y la arrojó contra la pareja. El hombre le disparó, pero el dardo fue alto.

La mujer vaciló. Luego volvió el arma de nuevo a Carolina.

— ¡Agáchate! —gritó Mirrel.

Carolina obedeció. El dardo rebotó inofensivamente contra la registradora.

Mirrel vio al atracador derribado en el suelo y sin conocimiento. La mujer vomitó una imprecación y se giró hacia él.

El joven se lanzó a un lado, esquivando el segundo dardo por centímetros. Cayó al suelo, rebotó y se dispuso al contraataque. También él estaba armado.

Estiró el brazo. Una fina línea plateada partió de la manga de su chaqueta. Era también un dardo, aunque de forma muy distinta, una especie de delgado cohete, propulsado por aire comprimido y que se disparaba con una adecuada presión de los músculos del brazo.

Casi parecía un lápiz, con acanaladuras para estabilidad en el vuelo. Cuando la atracadora se disponía a disparar por tercera vez, el dardo de Mirrel la alcanzó en el pecho.

La mujer sufrió un terrible estremecimiento. Por el centro de su espalda, asomaba la punta del proyectil. Babeó algo y, doblando las rodillas, cayó de bruces al suelo.

Mirrel se acercó al atracador y comprobó que sólo estaba sin sentido, a causa del golpe recibido con la mesa. Luego se volvió al dueño.

—Convendría que avisara a la patrulla —aconsejó.

—Sí, señor... Ahora mismo…

Mirrel fijó la vista en Carolina. Ella sonrió.

—Me ha salvado la vida —dijo.

—Tenía que hacerlo —contestó Mirrel.

De pronto, Carolina se estremeció.

—Esa voz...

—Sí, soy yo —confirmó el joven—. Luego hablaremos, Carolina.

* * *

—Perdona que te haya levantado antes de amanecer, pero no quería perder un minuto —se disculpó Mirrel.

Pedro de Ávila, en bata, hizo un gesto con la mano. Luego llenó las tazas de café y sirvió una a Carolina y otra al joven.

—Has hecho bien —contestó—. De modo que esta guapa chica logró descubrir el asunto de los duplicados de personas.

—Así es —confirmó Mirrel—. Le sonsacó al doctor Warren...

— ¿Es cierto, señorita Stauffen?

—Si —repuso ella.

— ¿Cómo lo consiguió?

—Se había enamorado de mí.

—Muy sencillo —sonrió De Ávila.

—Además, era un hombre un tanto débil. Un día le hice beber dos copas de más y me lo contó todo.

—Eso me recuerda cierta historia de Sansón y Dalila —comentó Mirrel mordazmente.

Carolina se revolvió.

—No le corté el pelo ni él consiguió nada de mí. Simplemente, me dejé querer. Repito que era un hombre débil y, quizá por eso mismo, muy correcto. Pero se sentía infeliz, estaba muy deprimido por las cosas que tenía que hacer...

— ¿Qué cosas? —preguntó De Ávila.

—Algo horrible. Y lo menos complicado de la clínica.

—Bueno, suéltalo ya de una vez —pidió Mirrel, impaciente.

—Tenía que hacer desaparecer los cuerpos de los originales.

—No era una labor grata, en efecto —convino el joven—. Pero ¿cómo le persuadieron...?

—Le dijeron que todos estaban enfermos, incurables y que habían consentido en ser duplicados en otros cuerpos sin tara. Pero a última hora empezó a sospechar que no era cierto.

—Tal vez por eso provocaron el accidente de su automóvil.

—Sí, es posible.

—Y a usted, señorita, ¿cómo no la han localizado? —inquirió De Ávila.

Carolina sonrió.

—Usaba otro nombre, tenía el pelo de estopa y pesaba casi quince kilos de más.

— ¿Engordaste...? —se aterró Mirrel.

—No, hombre, todo era trampa. Tryon preparó el maquillaje adecuado; es un hombre muy hábil. Ahora, con mi actual aspecto, resulto irreconocible para los que me vieron en aquella clínica.

—No es muy seguro —objetó el joven—. Esta noche, quisieron matarte. Los atracadores no pensaban en el dinero, aunque se lo hubieran llevado, por supuesto.

—Estoy a salvo, ¿no? —contestó Carolina.

—Bien, dejemos esto —propuso el jefe de los espías, mientras llenaba las tazas nuevamente—. Volvamos al tema que nos ocupa. ¿Dónde puede estar el nuevo laboratorio de Coetius?

—Yo tengo una vaga idea, pero me gustaría confirmarlo.

Los dos hombres miraron a Carolina con curiosidad. Ella continuó:

—Cuando finalizaba mi estancia en Srannent Hill, oí mencionar algo sobre el monasterio de Pahgri-Na. Es un convento de lamas...

—Oh, no, no quiero nada con la religión —se espantó De Ávila.

—Trae muchas complicaciones, en efecto —añadió Mirrel.

—Está en la falda del Everest, a unos cuatro mil quinientos metros de altura —puntualizó Carolina—. Oí hablar de que admitirían tanto a hombres como a las mujeres, que quisieran pasar allí una temporada de sosiego y retiro. Tengo la convicción de que han trasladado todo a Pahgri-Na.

— Pedro, habrá que entrar en ese monasterio —dijo Mirrel.

—Lo siento, no quiero jaleos. El primer ministro me asaría vivo si llegase a saber que...

—Pedro, el Coordinador Central de Seguridad es un duplicado. Prácticamente, toda la policía del planeta está en sus manos. Creo que merece la pena intentar el viaje a Pahgri-Na.

— Lo harán —dijo Carolina firmemente—. Yo se lo ordeno.

Mirrel y De Ávila se quedaron estupefactos.

—Señorita, usted no puede darnos órdenes —exclamó Pedro.

Ella sonrió. De pronto, metió la mano en el escote y sacó un medallón que pendía de una cadena de oro.

El medallón tenía unos ocho centímetros de diámetro por medio de grueso y se veía en su anverso un grabado que los dos hombres conocían muy bien.

Mirrel abrió la boca.

— ¡Eres... el comisario secreto! —exclamó.

Carolina seguía sonriendo.

—Exactamente —confirmó.

De Ávila meneó la cabeza.

—Carolina, ¿estás soltera? —preguntó.

—Sí —contestó ella, sorprendida.

— Yo también soy soltero. ¿Quiere casarse conmigo?

Mirrel se echó a reír.

—Tienes un estupendo sentido del humor. Pedro —dijo.

—Sí, porque de otro modo, no podría soportar que te la llevases tú.

—Oigan, parece como si se me repartieran... —protestó la muchacha.

—Eres muy guapa —alabó Mirrel.

—Gracias, pero creo que convendría dejar mi físico a un

lado. Señor De Ávila, debemos ir a Pahgri-Na.

El jefe de los espía hizo un gesto de resignación.

—Mark, eso es cosa tuya —indicó.

—Sí, déjalo de mi cuenta.

Carolina se volvió hacia Mirrel.

—Iremos juntos —dijo.

—No puedo permitirlo...

—Estás a mis órdenes, Mark.

Mirrel se volvió hacia su amigo.

—Pedro, ¿qué hago? —consultó.

De Ávila tuvo un nuevo rasgo de humor.

—Ponte en pie, junta los talones, lleva la mano a la sien y contesta: « ¡A sus órdenes!» Carolina se echó a reír.

—No se necesitan tantas ceremonias. Señor De Ávila...

—Pedro, por favor.

—Gracias. Trate de investigar al Coordinador de Seguridad.

—Lo haré.

—Carolina, si vamos al Himalaya, tendrás que dejar sola a tu madre —exclamó Mirrel.

—No es mi madre, sino mi ayudante personal, y no está inválida.

El joven se dio una palmada en la mejilla.

—Son listos, estos de la Gran Federación —observó—.

Bien, me voy a preparar todo. ¿A qué hora partimos, Carolina?

—Mañana, al amanecer.

— Bien, entonces, me voy a disponerlo todo. Pedro, te dejo con esta beldad.

—No te vayas, Mark; soy un hombre débil y sucumbiré a sus encantos —rogó el jefe de los espías.

Mirrel lanzó una risita.

— ¿Tú, un viejo solterón, con la coraza de un galápago?

—Hombre, en la vida siempre hay una primera vez... Y no soy tan viejo, apenas he cumplido los treinta y siete... que son los veinticinco físicamente del siglo XX.

—Por ahí tienes una señal de socorro; úsala, si te ves apurado —se despidió Mirrel.

Pedro y Carolina quedaron a solas. El primero dijo;
—Mark es un chico estupendo.
—Sí, lo sé —contestó Carolina.

CAPITULO IX

El aeromóvil volaba a gran altura, casi fuera de la atmósfera, con un cielo de color violeta por encima de las cabezas de sus dos ocupantes. Carolina admiraba el paisaje, velado en ocasiones por algunos bancos de nubes. Mirrel atendía a los mandos, más por rutina que por obligación, ya que había marcado un rumbo en la computadora y el vuelo era ahora automático.

—Es maravilloso —dijo Carolina tras un largo silencio

— ¿Te gusta más que Taryth?

—Son dos mundos diferentes, en lo externo, claro. Pero la Tierra me gusta más. Ah, y no soy de Taryth.

—Pensé que...

—Estás equivocado. Nací y vivo habitualmente en Sandhagor II, del sistema de Vega. También es un planeta muy hermoso.

—Lo conozco, aunque sólo estuve un par de semanas como turista. Lo que nunca pude imaginarme es que te enviaran en el puesto de comisario, siendo tan joven.

—Los *tests* indicaron que era una persona apropiada

—Entiendo. ¿Te gusta?

—Es divertido.

—Pero has estado a punto de perder la vida.

—Cuando me comunicaron el nombramiento, me dieron libertad de elección. Había más personas en la lista, para ocupar el puesto, si yo lo rechazaba.

—Y aceptaste.

—Pasé un año estudiando costumbres de la Tierra. Aprendí bastante, créeme.

—Pero no hay nada como la práctica.

—Eso sí es cierto. Sin embargo, no creo haberlo hecho tan mal.

—No lo sé. Supongo que en la capital de la Gran Federación sabrán evaluar tu trabajo.

Carolina se volvió y le miró con sus grandes y bellos ojos.

— ¿Quién te crees que descubrió el asunto de las personas duplicadas?

—Oh, fuiste tú.

—Sí, aunque es un poco largo de contar.

—Ya me lo dirás en otro momento —sonrió él—. Por cierto, hay algo que me preocupa.

— ¿De qué se trata, Mark?

— ¿No existe siquiera una posibilidad de descubrir sí una persona es el original o el doble?

—No, en absoluto. El doble sabe dónde nació su original, es decir, él mismo, y lo recuerda todo, a partir del momento en que el original empezó a recordar cosas desde pequeño. Pero no puede decir en absoluto dónde «nació» artificialmente: es el único conocimiento que no existe en su mente.

— ¿Qué me dices de procedimientos biológicos para averiguar la verdadera identidad de una persona?

— ¿Serias capaz de distinguir dos monedas recién acuñadas? No hablo de billetes, porque tienen numeración...

—El ejemplo es contundente y cancela la discusión sobre el tema —dijo Mirrel—. Bien, estamos llegando y convendría que perdiésemos altura, a fin de no ser avistados desde Pahgri-Na.

— ¿Crees que podrían vernos?

—Por si acaso, será mejor tomar precauciones.

Mirrel desconectó el piloto automático y empuñó los mandos. En el mismo instante, el aeromóvil se agitó con cierta violencia.

— ¿Qué pasa? —preguntó ella.

El joven consultó los controles.

—Carolina, ¿has traído contigo tu propulsor instantáneo?

—Sí, claro.

—Prepárate, vas a tener que usarlo. Yo te daré las coordenadas...

El aparato volvió a estremecerse. Mirrel hizo una amplia maniobra, consistente en describir un semicírculo de varios kilómetros de radio.

—Carolina, ropa de abrigo, algo de comida y armas —

ordenó—. Nos disparan cohetes con aparato de traslación instantánea.

—Por eso no vemos la estela...

—Exacto. Pero su director de tiro no está acostumbrado, aunque es de temer que adquiera práctica muy pronto.

Ella se equipó rápidamente.

—Las coordenadas. Mark.

Mirrel se lo indicó. Casi en el mismo instante, brotó una nube blanca a doscientos metros sobre su cabeza.

—Están afinando la puntería —dijo Mirrel—. Las otras explosiones se produjeron a casi dos mil metros encima de nosotros. ¿Lista?

—Sí, Mark.

El joven levantó una mano. De pronto, la bajó:

— ¡Ahora!

Carolina desapareció. Mirrel lo hizo unos instantes después. Apenas un segundo más tarde, otro cohete alcanzó de lleno al aeromóvil y lo convirtió en millares de fragmentos de metal, que luego empezaron a caer lentamente hacia el suelo, a cuarenta mil metros de distancia.

* * *

Carolina se materializó instantáneamente, en un lugar absolutamente solitario, en el que sólo se percibía el ruido de una gran cascada que se desplomaba en algún lugar cercano, pero invisible. Aunque la cima del Everest quedaba a casi cinco mil metros por encima de su cabeza, estaba en un lugar donde la nieve y el hielo eran más bien escasos.

En las manos llevaba un rifle paralizante, de efectos instantáneos. Su indumentaria consistía en chaquetón forrado de pieles, con capucha, y pantalones, con botas de media caña, adecuadamente forradas también. A la espalda llevaba una pequeña mochila, con varias raciones de víveres concentrados.

Por encima de su cabeza, divisó un deslumbrante glaciar. Pero no había el menor rastro del monasterio.

—Bien —murmuró—, si las cosas se ponen mal, siempre

podré volver al despacho de Pedro.

Avanzó un centenar de pasos y dio la vuelta a una enorme roca. Desde allí pudo ver la cascada de aguas absolutamente transparentes, que caía desde una docena de metros. Se quitó los guantes y hundió una mano en el agua.

—Helada —se estremeció.

De pronto, creyó ver un sendero entre la espesa vegetación que crecía a aquellas alturas. Dudó unos momentos, pero, al fin, decidió aguardar a Mirrel.

Retrocedió y buscó un abrigo, que halló al pie de una roca, que formaba una ligera concavidad. Dejó el rifle a un lado, se descargó de la mochila y empezó a buscar leña.

Al atardecer, Mirrel no había dado aún señales de vida. Carolina empezó a intranquilizarse.

Mirrel le había dicho que todos los apararos estaban en perfectas condiciones; él se había ocupado de revisarlos personalmente. Pero la muchacha no se sentía demasiado tranquila. Un fallo mecánico era algo que no se podía excluir absolutamente.

Cuando el sol se ocultó tras las elevadas cumbres, encendió la hoguera. Estaba decidida; conocía la ubicación de Pahgri-Na y disponía de un mapa. La distancia al supuesto monasterio no era superior a los cinco kilómetros y no tenía tampoco que ganar mucha altura. Emprendería la marcha al amanecer.

Hizo una cena ligera y se subió el cuello del chaquetón. La temperatura había descendido considerablemente. Mirrel, se dijo, había sido un tanto desprevenido, al no llevar una tienda de campaña y sacos de dormir. Pero podía soportar perfectamente una noche en aquellas condiciones nada agradables.

Despertó cuando ya era de día pleno. Tomó un poco de alimento, bebió unos sorbos de agua y se dispuso a reanudar la marcha.

Mirrel podía considerarse como perdido, pensó. Cualquier fallo, por mínimo que fuese, en su aparato de traslación individual, podía ser causante de una catástrofe. O no se materializaba jamás o lo hacía en el espacio ocupado ya por

otro cuerpo. En ambos casos, la muerte era inevitable.

Cargó la mochila a la espalda, empuñó el rife y echó a nadar. Pasó cerca de la cascada y se adentró por el sendero, apenas perceptible, que serpenteaba entre rocas, a veces manchadas de blanco.

De cuando en cuando, se detenía para consultar el mapa. Podía haber utilizado el TII para llegar en el acto a Pahgri-Na, pero el mapa no era excesivamente preciso y no podía fijar las coordenadas con la exactitud deseable. Por otra parte, quería explorar el objetivo antes de iniciar el asalto.

De pronto, cuando llevaba media hora de marcha, divisó un profundísimo precipicio, una garganta de paredes verticales, cuya anchura apenas si alcanzaba los cien metros. Pero la profundidad era de casi doscientos.

La garganta parecía no tener fin en un sentido u otro. Por su fondo corría velozmente un río de espumeantes aguas. Era un obstáculo imposible de salvar y empezó a pensar de nuevo en su aparato de traslación individual.

De repente entrevió algo un poco más arriba. Corrió anhelante y divisó un cimbreante puente de cuerdas, que cruzaba el desfiladero de lado a lado.

Carolina se apostrofó a sí misma por no haber sabido ver la desviación del sendero, que conducía al puente. Antes de cruzar, sin embargo, lo examinó con cierta aprensión.

Las sogas parecían en buen estado, lo mismo las que servían de tirantes principales, que las verticales, que sostenían la tablazón sobre la que se efectuaba el paso. Era evidente que había sido construido muchísimos años antes por los nativos. Ahora, con los sofisticados medios de transporte que existían, el puente era ya algo que no se usaba.

Pero no era un objeto inservible. Carolina tanteó con el pie la primera tabla, adelantó el otro pie y luego, agarrándole ambas manos a las cuerdas que servían de barandillas, inició la travesía.

Soplaba una ligera brisa y, en el centro, el puente oscilaba rítmicamente. Una vez, miró hacia abajo y sintió vértigo. Cualquiera que cayese de aquella altura, perecería

instantáneamente.

El rumor del torrente llegaba fragoroso hasta sus oídos. Paso a paso, avanzó hasta cubrir la mitad del trayecto. Inesperadamente, vio aparecer a un hombre al otro lado de la garganta.

— ¡Carolina! —gritó Mirrel.

— ¡Mark! ¿Dónde te has metido? —exclamó la muchacha.

—Hubo un error... Ya te lo explicaré todo...

De súbito. Mirrel lanzó un agudo grito.

— ¡Cuidado, Carolina; a tus espaldas!

La muchacha se volvió. A la entrada del puente. Justo en el punto donde había iniciado la trayectoria, había un hombre con una extraña arma en las manos.

Mirrel tenía su rifle terciado a la espalda y empezó a desligarlo. En el mismo instante, el otro individuo disparaba el arma.

Detrás de Carolina, se produjo una casi silenciosa explosión. Hubo una enorme llamarada y el puente quedó cortado casi a la mitad de su longitud.

* * *

— ¡Agáchate, Carolina!

Era ya tarde. La muchacha sintió que el suelo cedía bajo sus pies. Pero aún estaba asida a las cuerdas laterales y acentuó la presión de sus manos.

El fragmento de puente en que se hallaba, osciló lentamente y luego empezó a girar. Carolina, con los pies en el vacío, vio que se aproximaba velozmente al otro muro de la garganta.

Un instante antes del impacto, alargó los pies y pudo parar el choque, flexionando además las rodillas. La relativa lentitud de giro hizo que el impacto resultase perfectamente soportable.

Por encima de su cabeza oyó los chasquidos de varias detonaciones. Al otro lado de la garganta, oyó un aterrador alarido.

Colgada en el vacío, se inclinó hacia adelante, volteó

aparatosamente y saltó al vacío.

Todavía empuñaba el arma. A mitad de la caída, un movimiento reflejo, sin duda, le hizo oprimir el disparador y el arma se incendió. Una vivísima llamarada envolvió el cuerpo que caía, pero se apagó instantes después en las aguas del torrente.

Carolina levantó la cabeza. Mirrel había tirado el rifle y asía con ambas manos una de las cuerdas del puente.

—Sujétalo bien —dijo.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento. Mirrel empezó a tirar, poniendo en juego su enorme fuerza muscular. Carolina se sintió izada y, poco a poco, fue ganando altura, hasta alcanzar el borde.

Mirrel retrocedía para arrastrar consigo los restos del puente. Cuando vio a Carolina a salvo, soltó la cuerda y corrió hacia ella, arrodillándose a su lado.

— ¿Estás bien?

Carolina, aún tendida en el suelo, levantó un poco la cabeza y sonrió.

—Aquí, en la Tierra, se dice algo de un *deus ex-machina,* cuando se produce un milagro, ¿no?

—Algo por el estilo. Significa una intervención inesperada, pero salvadora. Pero me parece que el calificativo poco importa, con tal de que estés ilesa.

Ella se sentó y se limpió maquinalmente el polvo de los pantalones.

—Asustada, pero sana y salva —contestó.

CAPITULO X

—El tipo usaba glóbulos térmicos. Era un sádico; quería disfrutar viéndote caer al torrente —dijo Mirrel poco después.

Sentados sobre la hierba, se tomaban un pequeño descanso. Carolina fijó la vista en el arma del joven, situada en el suelo.

—Es un rifle de tipo químico —dijo.

—Sí. Hace muchísimos años que lo uso, según el ambiente. Ahora, en las laderas del Himalaya, han vuelto a reproducirse las fieras. Volvieron los tigres... y si tenía que defenderme de uno de ellos, prefería conservar la piel. Delante de la chimenea, resultaría muy decorativa.

—Me lo imagino. Mark, ¿qué sucedió?

—Me equivoqué un poco al darte las coordenadas. Lo siento.

—No te preocupes; puede pasarle a cualquiera. ¿Estamos muy lejos de Pahgri-Na?

—Unos tres kilómetros. Te llevaré hasta allí, aunque lo mismo daría que no fueses.

— ¿Por qué? —se extrañó ella.

—En efecto, era la fábrica de dobles de personas; pero ya ha sido destruida.

Carolina le miró, estupefacta.

— ¿Hablas en serio?

—Como dije antes, tendrás ocasión de comprobarlo por tus propios ojos. Pero el peligro ha sido ya conjurado. Es más, Coetius y la doctora D'Azzio murieron en la explosión.

—Por favor, explícate, Mark.

—Es bien sencillo y se puede contar en pocas palabras. Yo llegué a las inmediaciones del monasterio y aguardé a que se hiciera de noche, para entrar allí. No sabía qué había podido pasarte y era ya un poco tarde para intentar la búsqueda. Pude penetrar, pero me capturaron. Dijeron que me duplicarían y me encerraron en una habitación.

»Sin embargo, se olvidaron de quitarme el cinturón de

traslación instantánea. Cuando todos dormían, abandoné mi encierro y empecé a recorrer los laboratorios. Era algo fantástico; tenían lo menos veinte personas, ya duplicadas, y recibiendo instrucciones durante el sueño. Les graban las vivencias de los originales, ¿comprendes? Y así consiguen que, al volver de nuevo a la vida pública, sean tomados por las personas a quienes duplican. Ni siquiera una esposa casada hace treinta años notaría la diferencia.

—Fantástico —calificó ella—. ¿Qué más?

—Un vigilante me sorprendió. Luchamos y él me disparó un dardo perforante. Sin embargo, pude esquivar el proyectil, que fue a dar en un gran tanque de alcohol. El dardo es de metal, perforó el metal y se produjo una chispa.

—Por tanto, el alcohol se incendió...

—Parece ser que en esta clase de trabajos, se necesitan enormes cantidades de alcohol. El fuego se propagó a varios grandes tanques, que explotaron devastadoramente. Nadie pudo salvarse. Carolina.

—Salvo el tipo que me atacó.

—Bueno, tenían un cordón de vigilantes a cierta distancia del monasterio. Probablemente, éste no se enteró de lo sucedido. Los demás, supongo, huirían al darse cuerna de la catástrofe.

Carolina sonrió.

—El caso es que estés bien —dijo—. ¿Crees que se puede dar por terminado el caso?

—Al menos, en lo que se refiere a la fabricación de personas. Lo difícil vendrá ahora. Descubrir a los dobles será largo y complicado. Ella se puso en pie.

—Pero has hecho lo más duro de la tarea y eso es lo que importa —respondió—. ¿Vamos, Mark?

—Sí, cuando quieras.

* * *

Las paredes del monasterio estaban completamente ennegrecidas por las llamas. Quedaban algunos rescoldos y se

elevaban leves columnitas de humo, que subían a las alturas, en una mañana diáfana y tranquila.

Algo turbaba, sin embargo, la calma de aquellos parajes: el hedor a carne quemada. Carolina entrevió algunos cuerpos abrasados entre las ruinas de falso monasterio y pudo apreciar sin dificultades la magnitud de la catástrofe.

De pronto, recordó algo y se volvió hacia Mirrel.

—Mark, me pregunto si un doble sabrá, por ejemplo, quiénes son los otros dobles —exclamó.

—Tal vez algunos conozcan a unos pocos, pero, en general, me imagino que se deben desconocer los unos a los otros. Sin embargo, pienso que tienen grabada en el subconsciente una palabra o una frase clave, que les impulsará a la acción en el momento en que alguien lo crea oportuno.

— ¿Alguien? ¿Quién?

Mirrel se encogió de hombros.

—Creo que va a ser muy difícil averiguarlo, por no decir imposible —contestó.

—Si, tal vez tienes razón. Pero aun esos pocos dobles pueden resultar peligrosos. Imagínate, el coordinador central de Seguridad es un doble. Toda la policía del planeta le obedece. Ese sí que es realmente peligroso, Mark.

—Tendremos que hacer algo para eliminar ese riesgo —dijo él—. Bien, Carolina, ¿qué te parece si nos volvemos a casita?

— ¿Con el TII?

Mirrel sonrió.

—A menos que prefieras volver a patitas —contestó.

— ¡Horror! Hay ocho mil kilómetros... A treinta por día, en el mejor de los casos, tardaríamos...

—Doscientos sesenta y seis días y eso sin tomarnos una sola jornada de descanso —contestó Mirrel con una alegre carcajada.

—Entonces, usaremos el transporte individual instantáneo.

* * *

—Entonces, ¿se ha eliminado el peligro? —dijo el primer

ministro.

—Así es —contestó De Ávila—. La fábrica de personas ha sido destruida y sus principales dirigentes han muerto.

—Mirrel usó procedimientos expeditivos, parece.

Pedro se encogió de hombros.

—No me gusta ser único, pero, en este caso, el fin justificó los medios —repuso—. Es una regla que ellos utilizaron en primer lugar. Imagínate, tu coordinador de Seguridad es un doble... porque el original murió no sabemos cuándo.

Von Daubning asintió.

—Harry Falcón y yo éramos buenos amigos. No puedo hacerme a la idea de que, cada vez que viene a verme, estoy contemplando a alguien que no es él.

—Y hay muchos más, pero no podemos hacer nada, mientras los científicos no descubran un procedimiento absolutamente seguro para distinguir las personas naturales de sus dobles artificiales.

—Están trabajando en ello —dijo el primer ministro—. Pero costará mucho...

—De todos modos, la epidemia ha sido detenida y ya sólo quedan los «enfermos» —intervino Carolina—. Si no se les puede curar, al menos los neutralizaremos.

—Tienes carta blanca. Pedro —dijo Von Daubning.

—Gracias. Haré lo que pueda.

Von Daubning sonrió.

—Oye. Pedro, ¿no te han dicho alguna vez que te pareces un poco a Mirrel?

—Bueno, en ocasiones, me han confundido con él, pero las diferencias fisonómicas son perfectamente visibles. Además, le paso casi siete años.

—En el siglo XXVIII esos siete años no tienen importancia —contestó Von Daubning—. Carolina, gracias por todo.

—Estoy a su disposición, señor —dijo la muchacha.

El primer ministro dio por terminada la entrevista.

—Saluda a Mirrel en mi nombre y tenme informado de cualquier suceso relacionado con el asunto, Pedro.

—Descuida, así lo haré. ¿Vamos, Carolina?

* * *

De Ávila y Carolina regresaron al despacho del primero. Cuando entraban, se oyó el zumbido peculiar de una llamada hecha por la línea reservada.

Era Mirrel.

—Mark —exclamó Pedro—. ¿De dónde sales?

—Me he tomado unos días de vacaciones —contestó el joven alegremente—. Pero, en cierto modo, no he parado de trabajar.

— ¿Has conseguido algo?

—Sí. ¿Has oído alguna vez el nombre del doctor Knausser?

—No. Nunca.

—Haz que tus sicarios busquen en sus archivos: puede que sea una pieza clave para la conclusión definitiva del asunto.

—Está bien. ¿Conoces el nombre completo?

—Arming Wolfgang Knausser. Especializado en ultrabiología.

—Me parece que te entiendo. Trataré de conseguir datos de Knausser. ¿Algo más, Mark?

—Sí, en efecto. ¿Está por ahí Carolina?

—Aquí me tienes, Mark —contestó la muchacha, situándose ante la pantalla.

Mirrel puso los ojos en blanco.

— ¡Qué maravilla! —suspiró—. Eres arrebatadora...

Ella se echó a reír.

—Siempre tan exagerado —dijo—. ¿Querías algo de mí?

—Sí. Te invito a cenar esta noche, en el restaurante del lago Tahoe. Encargaré una mesa especial... ¿Sabes en qué consiste una mesa especial?

—Dímelo, por favor.

—Una barca, con una plataforma, y motor silencioso, programado, para un recorrido determinado. Para una cena, pueden ser dos horas. Velas, una orquesta, camareros, la luna en lo alto...

— ¡Mark, eso tiene que costar carísimo! —se asustó Carolina.

—No te preocupes; lo incluiré en los gastos de mi trabajo. Pasaré a buscarte a las seis en punto. Pedro, no descuides a Knausser.

—Ahora mismo pondré manos a la obra, Mark —contestó De Ávila.

* * *

La embarcación se movía perezosamente por las quietas aguas del lago. Mark y Carolina estaban situados a popa, reclinados sobre un cómodo diván, después de haber consumido una exquisita cena.

En la proa, los músicos interpretaban una vieja balada, que cantaba una hermosa muchacha. Dos camareros aguardaban en pie, respetuosamente, prestos a obedecer la menor indicación de los clientes.

—Esto es fantástico —suspiró Carolina—. En mi planeta no tenemos nada semejante.

—La Tierra es muy vieja —contestó él—. Y no somos los primeros en disfrutar de este modo. Hace tres mil años, una reina de Egipto, llamada Cleopatra, también...

Mirrel se interrumpió súbitamente. El reloj de pulsera que llevaba acababa de emitir un ligero sonido, como un zumbido de tonos bajos, que se repite insistentemente.

—Perdona, Carolina —dijo Mirrel.

Levantó la muñeca izquierda, tocó un botoncito y pegó los labios al reloj:

—Habla Mirrel —dijo.

—Mark, tengo noticias para ti —informó De Ávila—. Knausser tiene algo que ver con el asunto.

— ¿De veras?

—Falcon, el coordinador de Seguridad, ha estado a visitarle hoy. No sabemos de qué hablaron, porque Falcon estableció una esfera antiescucha. No lo habría hecho si hubiera sido una visita normal, me parece.

—Tienes razón. Bien, Pedro, lo mejor será pasar a la acción sin perder tiempo. Esta misma noche, visitaré a Knausser.

—Llámame apenas sepas algo.

—Descuida. Y gracias, Pedro.

Mirrel cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Lo siento muchísimo. La fiesta ha concluido.

—No te preocupes —sonrió Carolina—. Lo primero es el deber. Y quedan más días para repetirlo.

—Eso sí es cierto. —Mirrel levantó la mano y chasqueó los dedos—. ¡Proa a tierra, patrón! —ordenó.

—Al momento, señor —contestó el piloto.

La barca empezó a virar. Carolina se irguió.

—Mark, si no te importa, me gustaría ir contigo —exclamó.

—Al contrario, lo estoy deseando —respondió Mirrel.

CAPITULO XI

El doctor Knausser era un sujeto alto, delgado, de pómulos salientes y ojos que parecían bolitas de metal girando constantemente en las órbitas. Cuando vio a la pareja y supo sus pretensiones, puso el grito en el cielo, protestando que no eran horas de despertar a la gente y mucho menos tenía ganas de dar explicaciones sobre sus trabajos.

Mirrel cortó sus palabras en seco, mostrándole su insignia.

—Hay dos métodos para que usted haga lo que le pedimos —dijo—. O empieza de inmediato a dar explicaciones o le rompo todos los huesos a golpes. Elija usted mismo.

— ¡Caramba, joven! —respingó Knausser—. No me deja usted muchas alternativas...

—Sólo una: hablar.

—Está bien — contestó el científico—. Pasen a mi laboratorio y se lo mostraré gráficamente.

Mirrel y la muchacha siguieron a Knausser, quien les condujo a una habitación equipada más bien modestamente. Knausser encendió una pantalla y se volvió hacia sus visitantes.

—Mi método se basa en la fórmula atómica del cuerpo humano. En los dobles, la fórmula molecular se reproduce con facilidad y es idéntica absolutamente a la del original. Pero la fórmula atómica, es decir, la cantidad de átomos que existen en un determinado fragmento del organismo que se examina, es absolutamente incopiable.

—Fantástico, doctor —calificó Mirrel.

—Supongo que, además, será un sistema infalible.

—Sí, en efecto, señorita —contestó Knausser, pues era la muchacha quien acababa de hablar—. Y, además, no es necesario tener el original para saber si una persona es ella misma o su doble.

— ¿Por qué, doctor?

—En un doble, la cantidad media de átomos es notablemente inferior a la cantidad media de un organismo

digamos natural. Por tanto, la densidad de ese cuerpo humano es inferior en un porcentaje bastante elevado, digamos entre un doce y un dieciocho por ciento.

— ¿Es fácil de detectar a un doble, doctor?

—Si se dispone de una muestra de su organismo, indudablemente, es fácil. La cantidad media de átomos de una persona varia muy poco respeto a otra y jamás en un porcentaje superior a cero coma diez por ciento. Basta un milímetro cuadrado de su piel, para que se sepa si es original o doble, tras los análisis pertinentes. Miren, por favor.

Knausser proyectó en la pantalla dos diapositivas, ambas idénticas de tamaño.

—Son muestras obtenidas con microscopio psicoelectrónico, y millón y medio de aumentos. Cada una de las muestras mide una décima de milímetro cuadrado. La izquierda es de original. La segunda procede de un doble.

Carolina asintió.

—Las diferencias son evidentes —dijo—. Pero el análisis resultará muy costoso...

—Bueno, estamos en los principios. No tardaremos mucho en disponer de una analizadora automática, que nos dará los resultados en cuestión de minutos —respondió Knausser.

—Muy interesante, doctor. ¿Puedo saber quién le encomendó esos trabajos?

—El coordinador Falcon, y ya hace cosa de un año.

—Creo que hoy estuvo a verle, ¿no es así?

—En efecto.

— ¿Le contó todo lo que sabía?

— ¿Por qué no? Era mi obligación, señor Mirrel.

Hubo un instante de silencio. De pronto. Mirrel dio un paso hacia adelante.

—Cuidado —avisó Knausser—. No se interponga ante el proyector. Es especial y emite unas radiaciones muy nocivas. De otro modo, no podríamos conseguir que se vieran las muestras en la pantalla.

—Oh, dispénseme, doctor. —Mirrel vio con el rabillo del ojo a Carolina, acachada a pocos pasos de distancia, como si

buscase algo en el suelo—. ¿Tan nocivas son esas radiaciones? —preguntó

—Podrían matar a una persona instantáneamente —contestó Knausser.

—Terrible, doctor.

Carolina se irguió.

— ¡Mira, Mark! —exclamó.

El joven Se volvió con cierto ímpetu y chocó contra Knausser, quien perdió el equilibrio.

Knausser gritó agudamente. Mirrel trató de asir uno de sus brazos, pero llegó tarde.

El pecho del biólogo se interpuso ante el proyector. Knausser sufrió una terrible sacudida y cayó al suelo.

Mirrel se turbó.

—Dios mío, lo he matado...

Carolina corrió hacia el caído. La mano del joven cortó en el acto su trayectoria.

—No sigas —dijo—. Podrías morir.

El rostro de Knausser se ennegrecía por segundos. Mirrel meneó la cabeza pesarosamente.

—No sé qué decir... Choqué con él sin darme cuenta.

—La culpa es mía —dijo Carolina—, Yo te llamé bruscamente y...

— ¿Habías encontrado algo?

—Sí. Una dirección. La de Andrea D'Azzio.

—Eso podría significar que Knausser era también un doble.

—O quizá que tuvo relación con Andrea. A fin de cuentas, eran biólogos.

—Sí, es posible. —Mirrel se pasó una mano por la frente—. Me siento mal... Ese pobre hombre ha muerto por mi torpeza.

Carolina se acercó a él y, sonriéndole afectuosamente, puso una mano sobre su brazo.

—No tienes que hacerte ningún reproche —dijo—. Ha sido un accidente y yo lo testificaré así.

Mirrel se esforzó por sonreír.

—Daría cualquier cosa por volver a la vida al pobre doctor Knausser —murmuró.

Ella sacudió la cabeza.

— ¿Quién sabe? Tal vez estaba en connivencia con ellos.

—Entonces, ¿por qué nos contó todo lo que sabía?

—Bueno, imagínate que piensa que nosotros también somos dobles. Calcularía que nos convenía estar prevenidos contra posibles investigaciones, ¿comprendes?

—Es muy posible —suspiró él—. Bien, tendré que llamar a Pedro, para que envíe un equipo de termitas.

— ¿Termitas? —se extrañó ella.

—Así llamamos al equipo de expertos que llega después de un suceso semejante a éste, para destruir las posibles pruebas que tal vez comprometerían al agente secreto. En muchas ocasiones, ni siquiera conviene que se sepa la muerte del considerado como enemigo.

—Y lo hacen desaparecer.

—Exacto. De todos modos, en este caso, Pedro tomará la decisión. Nosotros debemos marcharnos cuanto antes.

—Sí, será lo mejor —convino ella.

* * *

Carolina le llamó dos días después.

—No he tenido noticias tuyas, Mark. ¿Te sucede algo?

—Nada, por fortuna. Pero me sentía un poco deprimido...

—Anímate, hombre —dijo ella—. Fue un accidente, no pienses más en el asunto. Oye, ¿por qué no me invitas a otra cena en el lago?

—Perdona. Carolina, pero no me siento con humor...

—Muy bien, como quieras. Sin embargo, voy a darte un consejo: no dejes que ese estado de ánimo se haga crónico, ¿eh?

—Lo intentaré, descuida.

Transcurrió una semana. Carolina volvió a llamarle.

— ¿No te sientes aún mejor?

—Se me pasando. —Mirrel sonrió—. Al menos, conservo el apetito. Hablé con un amigo psicoanalista; me dijo que muchas personas vencen su ansiedad comiendo, como otras lo hacen con la bebida o las drogas. A mí me ha dado por comer...

—Sí, se nota que has ganado algo de peso —convino ella—. Mark, me iré muy pronto de la Tierra.

— ¿De verdad?

—Sí. Mi mandato aquí ha terminado ya. El caso era de mucha importancia, por eso revelé mi personalidad antes de lo normal.

—Comprendo. Te echaré de menos... aunque, de cuando en cuando, puede que te haga una visita.

—Siempre serás bien recibido, Mark. ¿Sabes?, por fortuna hay expertos que podrán continuar los trabajos de Knausser. Destruida la fábrica de personas, localizar a los dobles será sólo cuestión de tiempo.

—Lo celebro. Carolina.

—Y ello, además, evitará el conflicto con Taryth. Parece ser que la idea surgió de un grupo de personajes de ese planeta, naturalmente, de acuerdo con algunos terrestres. Pero si la cosa se mantiene en secreto, no se producirán complicaciones con Taryth ni mucho menos con la Federación.

—Bueno, los de la Federación tienen la costumbre de cerrar los ojos en determinadas circunstancias...

—Es conveniente a veces, ¿no? Hasta luego, Mark —se despidió la muchacha.

Carolina le llamó por la noche.

—Mark, quiero pedirte un favor.

—Lo que sea, encanto.

—Me iré pasado mañana. Ya tengo todo listo para la marcha.

—Lo siento muchísimo. Carolina.

—A veces, me levanto para ver la salida del sol. Aquí, en la Tierra, es un espectáculo incomparable. Mañana será mi último día de estancia en el planeta y... ¿no querrías acompañarme, Mark?

Mirrel sonrió.

—Está bien. ¿A qué hora paso a buscarte?

—El horario oficial de salida del sol indica las cinco y veintidós de la mañana. Ven a las cinco; iremos a la costa, que no está muy lejos de mi casa.

* * *

El sol se elevó lentamente sobre la superficie del mar, que pareció fuego líquido durante unos minutos. Luego, poco a poco, el océano recobró su coloración habitual. Carolina movió la cabeza.

—Lo recordaré mientras viva —dijo—. También en mi planeta hay mar, pero el espectáculo no se puede comparar. ¡Son dos mundos tan distintos!

—Y. sin embargo, lo echas de menos —adivinó él.

—Uno siempre añora el lugar donde nació —contestó Carolina melancólicamente—. Pero ahora quedaré libre; también yo podré volver a la Tierra cuando quiera.

—Los viajes por el espacio son prácticamente instantáneos. No hay distancias entre los planetas.

—Sí, lo sé.

Hasta entonces, habían estado sentados sobre una roca. Carolina se puso de pronto en pie.

—Mark, pronto será hora de desayunar —dijo—. Voy a incrementar mi apetito con una carrerita. ¿Me acompañas?

—Qué cosas tienes —sonrió él.

La muchacha se puso en movimiento, a paso gimnástico. Mirrel se situó a su lado.

La casa estaba cerca de la playa, pero ella pasó de largo.

—Eh, ¿adónde vas? —gritó él—. Te has olvidado del desayuno...

—Tengo que hacer el recorrido completo, para sentirme en condiciones —respondió ella, sin dejar de moverse—. Vamos, perezoso, sígueme.

Mirrel se había parado un instante, pero volvió a emparejarse con la muchacha.

—Yo... hago bastante ejercicio; pero, en ocasiones, me gusta la holganza... y la molicie...

—Ahorra el aliento —aconsejó Carolina. Mirrel guardó silencio. La playa, solitaria a aquellas horas, era enormemente larga y tenía casi dos kilómetros de longitud. Después de llegar al otro extremo, Carolina dio la vuelta y continuó la marcha,

sin perder ni aflojar el ritmo.

Mirrel empezó a rezagarse. Inesperadamente, cuando estaban a menos de cien metros de la casa, un hombre surgió de la espesura que bordeaba la playa y corrió hacia la muchacha.

Algo brillaba en la mano del hombre. Corría bastante, pero su paso parecía algo torpe. No era la carrera de un hombre en la plenitud de la edad.

Carolina se detuvo. El hombre se acercó a ella, empuñando su cuchillo de doble hoja. Carolina observó que el arma tenía un tamaño desusadamente grande. Bien manejada, podía atravesarla de parte a parte sin la menor dificultad.

Mirrel se detuvo. Estaba a cincuenta o sesenta pasos y ya no podría alcanzar al asesino.

El cuchillo se elevó en las alturas. Súbitamente, algo chasqueó en la casa.

El atacante se detuvo en el acto.

Había en sus ojos una indescriptible expresión de horror. Alguien había disparado un dardo perforante, alcanzándole en la espalda. Al salir, el proyectil lanzó un violento chorro de sangre antes de hundirse en la arena, veinte pasos más allá.

El cuchillo de doble hoja cayó inofensivo al suelo. Las rodillas del hombre se doblaron lentamente y las apoyó en la arena.

Un grito inarticulado brotó de sus labios, junto con un borbotón de rojo líquido. Después se venció hacia adelante, enterró el rostro en la arena y se quedó quieto.

Mirrel alcanzó a la muchacha y la asió por un brazo.

— ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. ¿Puedes ver quién era, Mark?

El joven dio la vuelta al cuerpo que yacía inanimado en el suelo. Una exclamación de sorpresa brotó en el acto de sus labios:

— ¡Es Harry Falcon! ¡El coordinador central de Seguridad!

—Exacto —corroboró ella.

CAPITULO XII

Pedro de Ávila estaba en la veranda de la casa, con la pistola lanzadardos todavía en las manos.

—Entrad —dijo—. Ahora llamaré para que vengan a llevarse el cadáver.

Mirrel y Carolina asintieron en silencio. Una vez en el interior, la muchacha se volvió hacia su acompañante.

—Estás empapado en sudor —dijo—. ¿Por qué no te das una ducha?

—A ti también te hace falta...

—Yo puedo esperar. Anda, cuando salgas tendrás preparado un poco de café. ¿O quieres algo más?

—El incidente me ha quitado el apetito —se lamentó él.

—Muy bien, no te preocupes. Ya se te pasará.

Mirrel fue al cuarto de baño. De Ávila estaba hablando por la línea secreta del videófono. Al terminar, se volvió hacia Carolina.

—En seguida vendrán a llevarse el cadáver —anunció.

—Perfectamente. —Ella tenía una toalla en la mano, con la que se había enjugado el sudor del rostro—. Voy a preparar café...

—Ya está hecho.

—Estupendo.

Carolina fue a la cocina y volvió a poco con una bandeja en las manos. Estaba muy seria y guardaba silencio. De Ávila no quiso decirle nada.

Mirrel salió minutos más tarde. Carolina le entregó una taza de café.

—No entiendo por qué Falcon quiso matarte —dijo él

—Se ve que no respetan las categorías —sonrió la muchacha.

— ¿Sospechaba algo?

—Es probable. Por su posición, estaba en condiciones de saber muchas cosas.

—Pero era un doble…

—Lo lastimoso es que el original desapareció, aunque es de suponer que corriese la misma suerte que Palermo —terció De Ávila—. Falcon era un jefe competentísimo y honesto. Él no hubiera dispuesto nunca determinados traslados entre su personal.

—Y el doble lo hizo.

—Sí; aunque, ¿quién podía reprochárselo? El jefe de un departamento ha de tener cierta autonomía para dirigirlo.

—Por eso las cosas no funcionaban tan bien en los últimos tiempos. Había bastante desorganización en la Seguridad y nadie sabía a qué achacarlo. Tengo entendido que se habían perdido incluso algunos expedientes de importancia.

—Fue obra del doble de Falcon, ya no hay duda —afirmó De Ávila.

De pronto, se vio llegar un aeromóvil. El piloto lo condujo directamente hacia la forma que yacía solitaria en la arena.

Dos hombres desembarcaron del aparato, envolvieron el cadáver en una lona y lo sujetaron a una eslinga, que lo izó a bordo inmediatamente. Después, los dos hombres, con sendas palas, lanzaron al mar la arena enrojecida con la sangre de Falcon.

Cinco minutos más tarde, el aeromóvil había desaparecido. La playa ofrecía de nuevo su aspecto normal.

— ¿Qué harán con el cadáver, Pedro? —preguntó Mirrel

—Desaparecerá —contestó gravemente el interpelado.

— ¿Nadie hará preguntas?

—Oh, sí, pero ¿quién las contestará?

Hubo un momento de tenso silencio. Luego Mirrel sonrió.

—Tal vez sea la mejor solución —dijo.

Carolina intervino para aliviar la tensión.

—Bueno —dijo—, ahora me toca ducharme a mí. ¿Me dispensan unos minutos? Mark, aguárdame, por favor.

—Claro.

Ella fue al baño y volvió un cuarto de hora más tarde, vestida con una ligera blusa, sin mangas, y unos *shorts*. Mientras, que Ávila había preparado el reproductor de video

del televisor, contemplado en meditativo silencio por Mirrel.

Carolina traía algo en las manos y lo dejó en el suelo.

— ¿Te gusta comprobar tu peso? —sonrió Mirrel, al ver la balanza de baño.

—Parece que no anda muy fina…

—Ajusta el tornillo de equilibrio —indicó De Ávila—. Pon el cero sobre la línea roja y sabrás si funciona correctamente o no.

—Pues es verdad —exclamó la muchacha, después de realizar la operación indicada—. No me había dado cuenta.

—Oiga, ¿es que vamos a tener una función de cine? —dijo al ver encendido el televisor, aunque con la pantalla en blanco.

—Quiero que los dos vean una cosa —respondió De Ávila.

Puso e reproductor en marcha y, a los pocos instantes, se vio una escena singular en la pantalla.

Era una gran construcción, con el aire de una fábrica, emplazada en un lugar desconocido. La fábrica estaba compuesta por un solo edificio, de dos plantas, y rodeada por una triple valla de alambrada electrificada. Además, había un ancho foso, lleno de agua. La fábrica disponía también de garitas de vigilancia, en las que se divisaban hombres armados hasta los dientes.

De pronto algo llegó volando por los aires, cayó en el centro del edificio y explotó, provocando un enorme boquete. Más proyectiles cayeron de las alturas, bombardeando despiadadamente la fábrica. Otros destruyeron las torres de vigilancia. La gente huía en todas direcciones, pero las explosiones no permitieron que nadie escapara con vida.

A los pocos minutos, el lugar donde había estado la fábrica era sólo un conjunto de ruinas humeantes, en las que no se advertía el menor signo de vida.

— ¿Qué era eso? —preguntó Mirrel—. ¿Algún reportaje sobre una guerra local?

—No. Hemos visto la destrucción total de la auténtica fábrica de dobles —contestó De Ávila—. Estaba en Taryth y fue destruida por las fuerzas de la Gran Federación.

Mirrel guardó silencio. Carolina le tocó en el hombro.

—Espectacular, ¿verdad? Mark, ¿por qué no te pesas? Has hecho mucho ejercicio esta mañana...

Mirrel contempló la báscula como si fuese una serpiente venenosa.

— ¿A qué viene eso? —preguntó.

— ¿Tienes miedo de pesarte? —sonrió De Ávila.

Mirrel calló un instante. Luego miró alternativamente a los otros dos.

—Lo habéis averiguado —dijo.

—Sí. Tú no eres Mark Mirrel, sino su doble —aseguró Carolina.

* * *

—Estuvimos un año de vacaciones. Demasiado, para tu carácter... mejor dicho, el carácter del auténtico Mirrel. Nunca le gustó permanecer tanto tiempo ocioso, aunque es de suponer que algún día querría haraganear un año seguido. Pero aún era pronto para unas vacaciones tan extensas.

»Se te encargó el caso y lo resolviste con relativa facilidad. Pero ocurrieron algunos sucesos un tanto extraños. Por ejemplo, la demolición de la clínica de cirugía estética. No tenía sentido derruir un edificio que, por lo menos, resultaba útil para muchos otros fines. Lo hiciste de acuerdo con la doctora D'Azzio, otro doble, fabricado, como tú, en Taryth. Pero las cosas se pusieron peor y tuviste que destruir también el monasterio de Pahgri-Na, la auténtica fábrica de dobles que se iba a construir en la Tierra. Andrea y Coetius perecieron en el incendio, demasiado violento para que quedasen rastros de personas vivas, originales o duplicadas.

»Te importaba poco la destrucción de Pahgri-Na, porque la fábrica de Taryth continuaba intacta. El caso era hacernos perder los rastros y adormecer nuestra confianza. Más adelante, sí era posible, ya levantaríais una nueva fábrica. Pero eso ya no será posible, Mark.

— ¿Cómo llegaste a saber que yo había incendiado el monasterio? —preguntó Mirrel.

De Ávila miró a Carolina. Fue la muchacha quien dio la respuesta:

—Ardieron cientos de miles de litros de alcohol. Tú manipulaste en mi cinturón de traslación instantánea y me alejaste lo suficiente, para que no pudiera ver el incendio. El monasterio estaba en una hondonada, recuérdalo.

—Eso no es suficiente...

—Aguarda, hay más —siguió Carolina—. Sospechábamos de ti. Todo resultaba demasiado fácil, incluso los atentados, fraguados por ti también, aunque consiguieras salir indemne. Pero lo que nos confirmó en nuestras sospechas fue el empujón que diste a Knausser, para que muriese al ser atravesado por el rayo luminoso de su proyector.

—Perdí el equilibrio —se defendió Mirrel.

—No. Fue un empujón plenamente deliberado. Pero te engañamos; Knausser estaba advertido y siguió la corriente. Incluso tomó unas píldoras especiales que alteran el color de la piel muy rápidamente, aunque, desde luego, resultan inofensivas. Tan inofensivas como el rayo del proyector. Y te diré algo más: las diapositivas que vimos, eran preparados corrientes de análisis epidérmicos, sin relación alguna con el caso.

—No te creo —dijo Mirrel roncamente.

—No hay forma humana de saber si una persona es ella misma o su doble. Todo lo hizo Knausser para engañarte, para que cayeras en la trampa, en suma. Anda, pésate, hombre. ¿Tienes miedo de la báscula?

Mirrel miraba alternativamente a De Ávila y a la muchacha. Sus ojos despedían fuego.

—La única forma de descubrirte era haciéndote caer en una trampa de la que no pudieras librarte —siguió Carolina, inflexible—. No hay mayor ni menor cantidad de átomos en un cuerpo humano, original o doble, ni tampoco el cuerpo del doble es menos denso que el del original.

»Pero tú has estado comiendo desaforadamente estos diez días, a fin de ganar peso, y con la excusa del golpe que habías recibido al matar involuntariamente a Knausser. Se te nota más

gordo, casi has ganado quince kilos, Mark, y cuando regresábamos a casa, después de la carrera, no podías resollar. Sé que, posiblemente, habrías querido salvarme del ataque del enloquecido coordinador, pero te faltaban las fuerzas por completo.

»En resumen, tu peso, ahora, rebasa al menos una docena de kilos del habitual. Y si no has querido pesarte, no ha sido por temor a que viéramos ese aumento de peso, sino porque creías que, aun habiendo engordado, pesabas lo mismo que antes.

Mirrel guardó silencio de nuevo. De Ávila le miró fijamente.

—Mark, ¿tienes algo que decir?

— ¿Qué va a ser de mí?

—Te encerraremos en un lugar donde no puedas hacer daño a nadie —contestó Pedro.

—Para siempre —añadió Carolina.

—En el bombardeo de la fábrica, perecieron los dirigentes de la conspiración —explicó De Ávila—. Tú lo eras en la Tierra; con tu fama, resultabas la persona apropiada para llevar a cabo tan fantástica operación.

—Sobre todo, si se tiene en cuenta algo muy importante —dijo la muchacha—. Puesto que se puede duplicar a una persona, tú, por ejemplo, dentro de unos años, veinte, cincuenta o cuando te conviniese, podrías duplicarte otra vez, en un cuerpo artificial, pero joven de nuevo y sin las taras de la edad.

—Hubiera sido la juventud eterna —añadió De Ávila.

—Habéis destruido algo que no tenía igual —protestó Mirrel. ¿No os parece que fue una acción enteramente retrógrada?

—Mark, alargar la vida por medios científicos, está bien, siempre que no haya perjuicios a terceros. Pero, ¿qué me dices de los cientos de personas que fueron «copiadas» y luego despiadadamente destruidas? ¿No eran dignas de seguir viviendo?

—Algunos piensan de forma muy distinta. Pedro.

—Claro, tú mismo. Y no me extraña. No lamentas que haya

muerto el auténtico Mirrel, ¿verdad?

— ¿Eras muy amigo suyo, Pedro?

—Tu cerebro es copia exacta del de Mark. Respóndete tú mismo.

— ¿Y tú, Carolina?

—No llegué a conocerle, pero creo que era un tipo magnifico.

—Sí, lo era —convino el doble—. Una última pregunta, por favor.

—Habla —accedió De Ávila.

— ¿Cómo encontraron la fábrica? Estaba en un lugar secreto...

—Falcon perdió las coordenadas en su visita a Knausser. El coordinador quería saber si era cierto que se podía averiguar si una persona era o no su doble, por medio de la fórmula atómica. Knausser le contestó negativamente. Falcon tenía anotadas las coordenadas, una fórmula bastante complicada, pero que, no obstante, pudimos descifrar. Precisamente por eso mismo, no era capaz de retener todas las cifras en la memoria. Y, naturalmente, al no saber dónde había perdido aquella anotación tan importante, no pudo enviar un mensaje tranquilizador a Taryth.

—Por lo cual, lo que se envió fue una serie de cohetes de alto poder expansivo —dijo Mirrel.

—Era la única solución.

—Bien, supongo que ahora me llevaréis a...

Bruscamente, Mirrel sacó una pistola lanzadardos. De Ávila fue más rápido y se echó a un lado, mientras disparaba otra pistola, también de forma muy peculiar.

Mientras el dardo se hundía en la pared que había a espaldas de Pedro, el proyectil que éste había disparado alcanzaba al doble y lo convertía instantáneamente en humo.

De Ávila meneó la cabeza.

—Puede que me juegue el cargo, por haber utilizado una pistola desintegrante..., pero no lo lamento —dijo.

La puerta estaba abierta. Aquella nubecilla de humo gris se disipó rápidamente.

Carolina tenía los labios prietos. De Ávila se acercó a ella y pasó un brazo por los hombros.

— ¿Te habías enamorado de él? —dijo suavemente.

—No. pero... era tan atractivo... Me pregunto cómo habría sido el auténtico Mark... Su doble resultaba un hombre maravilloso...

—Sólo era un doble artificial. Nunca habrá otro hombre como Mark —contestó Pedro con acento sentencioso.

* * *

—Bien —dijo el primer ministro—; el caso está resuelto, pero sólo en parte.

— ¿Por qué? —se asombró De Ávila—. Destruimos las fábricas de dobles; hemos conseguido encontrar a los que suplantaron a diversas personalidades... ¿qué más puedes desear?

—Mirrel —respondió Von Daubning—. Es... una institución. No se le puede dar por muerto tan sencillamente. No se puede decir que fue asesinado y sustituido por un doble, al que fue preciso desintegrar. Lo más que se puede hacer, con la suficiente discreción, para que acabe divulgándose tarde o temprano, es que se ha retirado.

—Bueno, se informa a la prensa y ya está.

—Tiene que hacerlo él mismo. Nadie lo creería si no lo declarase Mirrel personalmente. Lo cual evitaría investigaciones, que podrían acabar destapando todo el pastel. Y a ti no te iría nada bien, sí se supiera que disparaste una pistola desintegradora.

—Estoy dispuesto a asumir mis responsabilidades...

—Te voy a ofrecer algo mejor. Pedro, sé que estás cansado de tu cargo. Te pareces un tanto a Mirrel. Haremos que te arreglen la cara un poco. Luego anunciarás tu pase a la vida privada. Y Mirrel acabará por convertirse solamente en un recuerdo, sin dejar de ser una leyenda. —Von Daubning sonrió —. Tengo la impresión de que a esa linda muchacha que te acompaña no le desagrada la idea —añadió.

Carolina sonrió.

—En absoluto, excelencia —contestó.

— ¿Entonces, Pedro...?

De Ávila miró a Carolina. Carolina le devolvió la mirada.

—Aceptamos —dijeron a dúo.

* * *

Y ésta es la verdadera leyenda de Mark Mirrel, muerto oscuramente en algún lugar de Taryth y sustituido por un doble, que también desapareció.

El nombre de Mirrel se va desvaneciendo gradualmente en la memoria de las gentes. La leyenda, sin embargo, continúa. A veces, alguien la saca a relucir y publica un artículo o se proyecta un reportaje en la televisión. Pero eso es todo.

Por supuesto, lo que he escrito es a base de los informes oficiales, naturalmente redactados de la forma más amena posible. Así que todo es auténtico.

Salvo una cosa: el nombre de Pedro de Ávila y el de Carolina Stauffen. Aún vivimos, con hijos y nietos, con nuestros nombres auténticos, y no deseamos que nadie turbe la paz de nuestro retiro. Insisto: la historia es real y tanto la Tierra, como Taryth y la Gran Federación, estuvieron a punto de caer en manos de unos desalmados, ávidos de poder infinito.

Por fortuna, no fue así y la gente cree que lo hizo Mirrel. Que sigan creyéndolo por los siglos de los siglos.

FIN